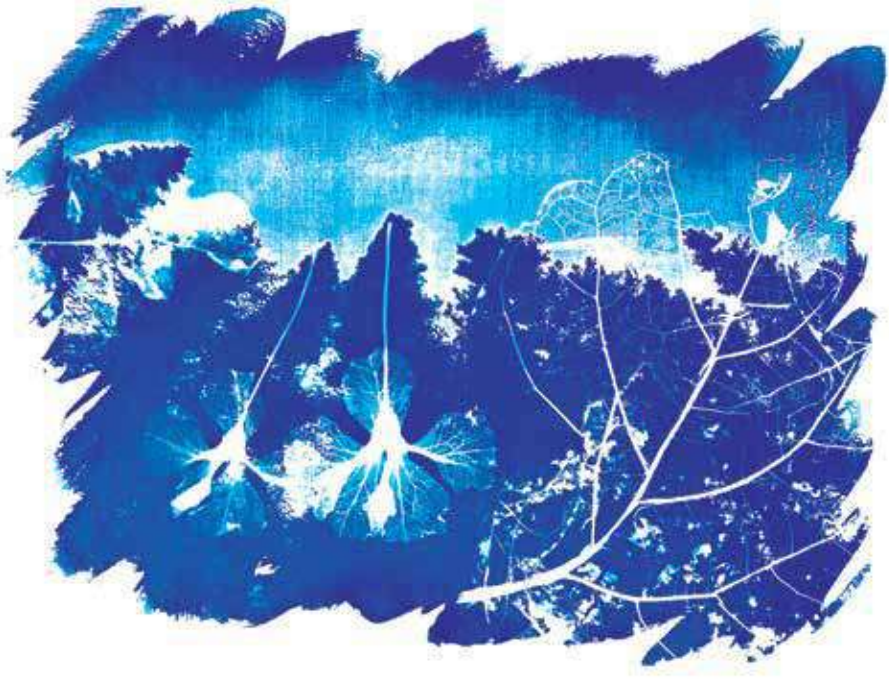


RIO GRANDE REVIEW
A Bilingual Journal of Contemporary Literature & Arts
Spring 2022 • Issue 57

RIO GRANDE REVIEW
A Bilingual Journal of
Contemporary Literature & Art
Spring 2022 • Issue 57

Senior Editor
Alaíde Ventura Medina

Editors
Ana Mayela De Velázquez
Noraya Ccoyure Tito

Faculty Advisor
Andrea Cote Botero

Editorial Design
Israel Holtzeimer

Web Design
Germán Barrera Toro

Cover photo
Rosalía Salazar

Special thanks to
Carla González
and Rosa Alcalá

ISSN 747743
ISBN 97774774340

Rio Grande Review is a bilingual journal of literature and contemporary art, published twice a year by the Creative Writing Department of the University of Texas at El Paso (UTEP), and edited by students in the Bilingual MFA in Creative Writing. The RGR has been publishing creative work from El Paso, the Mexico-U.S. border region and the Americas for over thirty years.

RGR es una publicación bilingüe de arte y literatura contemporánea sin fines de lucro. Es publicada semestralmente bajo la supervisión del Departamento de Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso (UTEP). Este proyecto es editado en su totalidad por estudiantes del MFA en Escritura Creativa. RGR ha difundido la literatura en El Paso, la frontera México-Estados Unidos y Latinoamérica por más de treinta años.

For information about previous issues or funding, please call our office at (915)747-5713, or write to:
rgeditors@utep.edu
rgeditors@gmail.com

For information about call for submissions, please visit:
www.utep.edu/liberalarts/rgr

Nota editorial

Extrañábamos el mundo y su gran rumor. Durante la pandemia, los horizontes se estrecharon, las palabras se quedaron cortas y las miradas se volvieron digitales. Más adelante, en la nueva normalidad, los protocolos acentuaron las brechas: separación física entre personas, segregación, éxodos, fronteras más rígidas y el panóptico ciudadano en el que hoy estamos inmersas.

¿Qué papel le toca al arte en este contexto que a ratos se antoja cercano a la distopía, en este presente que es tan incierto como antes lo era el futuro?

La palabra sigue siendo puente, artilugio que convierte el aislamiento en comunidad. Nos toca apelar a dos principios radicales: la libertad y la horizontalidad. Apostamos a un diálogo en el que la escritura sea faro. Confiar en que la escritura sirva, no para reparar, pero sí para acompañar; con suerte, arroje luz donde antes había tinieblas.

Este número está dedicado al regreso a la normalidad, a las interacciones en persona, a reconocer los espacios que dejamos vacíos durante meses, a volver al ritmo acostumbrado. El enfoque está centrado en la comunidad fronteriza y universitaria de esta metrópoli compuesta por dos ciudades; historias individuales como granos de arena. Nos enorgullece contar con una gran cantidad de textos provenientes del programa de Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso. Textos bilingües, posautonómos y multiformato, voces hispanas, anglosajonas, pochas y chicanas. Que las palabras nunca más se queden cortas. Que el arte devuelva la mirada al mundo verdadero.

Returns / Retornos

Alana de Hinojosa: *Black the Fig* 10
Richard Krohn: *Poems* 11
Tito Leite: *El silencio del Génesis (fragmentos)* 14
Mara Pastor: *Para pintar una casa (fragmentos)* 18
Matt Edwards: *A Small Beaded Mirror* 24
Ana Cagnoni: *orden* 27
Daniel Jerez: *Nada es lo que parece* 29
Ana Karen Degollado: *Afuera la casa es el desierto cuando despierto (fragmentos)* 33
Claudia Santiago: *Irene* 35
Iliana Pichardo Urrutia: *Duo sapiens* 39
Corbett Buchly: *Poems* 45
Claudia Morales: *Lo que vive en las esquinas* 51
Daniel Zeiders: *The Frank Phillips Home, preserved in the original style* 62
Erik Fernández Pozo: *Un nuevo día* 66
David González: *Poesía desde la Patagonia* 74
Diego Rico: *Locked Out, and Let Back In* 78
Justine Marie Hayes: *The moment* 83
Gerardo Lima: *Las profundidades de la película* 85
Joost Oomen: *La oca en la luna* 93

2020 Bilingual Creative Writing Awards

María Isabel Pachón Varón: *El cuarto de atrás* 103
Gustavo Enríquez: *Poems* 110
Kamille Montoya: *When Everything Stopped Glowing* 122
Christopher Tadros: *Manure* 130

Illustrations / Ilustraciones

Rosalía Salazar 1,17, 73
s-pez 4, 5, 22, 23, 44, 109
Luis Ignacio Cárdenas 8, 9
Margarita Mejía 28, 64, 65, 142, 143
Antonio Tercero 32, 84, 140
Julio César Pérez 38, 61
Tomás Aveta 50, 77, 100, 101, 129
Nico Antuna 92, 96, 120, 121
Akesi Martínez 96

Fe de erratas

146

Alana de Hinojosa

Black the fig

in her brown hand,
the one reaching now
across my face: My grandmother
in all her mutiny
that dark morning she baited the dog,
stray thing she will tend to,
kiss & whistle for
as it rests in the shade of the fig tree,
that perfect church
where whiskey is poured out
for only new gods & women
aged with struggle & some laughter,
fireflies & the distant smell of oranges.
This I know: My grandmother smiled
when the fig tree finally pushed
through the rock house
& knocked down the memory
of her & abuelo dancing across the patio floor.
She laughed as summer thunder
brought her hand through the kitchen window
to pluck the fig, this old
longing to drown their portrait
in the steam of rice,
ever cooking beans.

Richard Krohn

Poems

Sancocho Panameño

The national dish, said to have medicinal powers, especially for hangovers

Ingredients:

1 whole chicken
4 lbs. total of yuca and *ñame*
3 hours' worth of wood
1 handful of *culantro*
1 lb. onion
water for a large pot

Preparation:

1. Boil pot, throw in chicken, simmer until it wafts you back to days of wood fires and pumped water, birds so yard-tough only stewing would do, heads lopped off, then plucked, cut up, tossed in with onion, culantro, just-dug yuca and ñame peeled and chopped into chunks.

2. Crumble roads, pack with city folk bound for Carnaval, four days of fiesta and forgetting, chiva vans retrofitted with wooden seats, smoking diablos rojos, those old Bluebird school buses draped in pastel fantasies, cars like roaches thrusting limbs out their sides.

3. Stuff ricos into rented rooms in Chitré and Las Tablas, mix others with adobe cousins, mats on dirt floors, hammocks roped to posts in pueblos so close to the sun that wax melts before la gente can fly.

4. Set sky as a timer for bullfight afternoons, barren lot behind Cantina Típica cordoned off with metal stanchions. Whip up beasts with swats to testicles, town clown old enough to drink but young enough to run, waving straw hat until the bull panics him back to compadres.

5. Cool crowd under clay-tiled roof, shoo flies off rice and tamales, dusk giving way to loudspeaker blasts of horns, accordions, drums, to gallons of watery lager spilling into yodeled gritos.

6. Soak men until dawn in bottles of scotch, a week's work each, reduce with sleep until they rise still drunk at noon. Splash with water warmed in surface pipes, cool from deeper down. Let sit.

7. Serve sancocho at scarred wooden tables, culantro shreds floating in broth, sinewy chicken to gnaw on, steamy spoonsful that make midday heat seem sweet, the fiber and flavor of soup-soaked roots, ones the men have come from, ones they will become.

Felipe's Ceviche

No spare food in the tiny town,
no place to celebrate a wake,

we shuffle past his adobe home,
black cloth knotted on its posts,

back to the cantina, on our tongues
the sweet burn of ceviche from

3-ounce cups, chunks of *corvina*
and shrimp fresh from the gulf,

sprigs of *culantro* off the surface
of the earth, onion from underneath,

all of it chopped into bits,
then drenched in just-squeezed lime,

the flesh whitening overnight,
cooked, he'd always insist,

a citric miracle to be savored,
toothpick poised between brown

thumb and gnarled forefinger,
after each bite his ritual swig

of watery lager, and so it goes,
we, his drunk *compadres*,

past midnight reciting
his recipe – an elegy, a eulogy –

ceviche in our mouths,
Felipe in the ground.

Tito Leite

El silencio del Génesis (fragmentos)

Traducción: Manuel Barrós

Escutar
o silêncio do Gênesis.
Tito Leite. Digitais do caos (2016)

Eterno retorno

No rio de Heráclito, Nietzsche nada.

A borboleta tem cheiro
de metamorfose.

Santo Agostinho não atirou pedras
nem desmantelou a ampulheta
do que Deus amara antes do nada.

O mar lava os pés com foice de prata.

O moderno se oceana
nas escamas da manhã.

O relógio de vidro tem que ser póstumo
para ter lar.

Eterno retorno

En el río de Heráclito, Nietzsche nada.

La mariposa tiene el olor
de la metamorfosis.

San Agustín no lanzó piedras
ni desmanteló el reloj de arena
que Dios había amado antes que nada.

El mar lava los pies con hoz de plata.

Lo moderno se oceana
en las escamas de la mañana.

El reloj de vidrio debe ser póstumo
para tener un hogar.

Retrato de luz

É próprio do lúcido
vestir-se de estrela.

Alquimia nas vinhas
de Van Gogh

sangrando
orelhas na colheita.

O raio mais sóbrio
dos girassóis.

Retrato de luz

Es propio del lúcido
vestirse de estrella.

Alquimia en los viñedos
de Van Gogh
sangrando
orejas en la cosecha.

El rayo más sobrio
de los girasoles.

Mara Pastor

Para pintar una casa (fragmentos)

El ornitólogo en el parque

El ornitólogo observa camuflado
las aves entre árboles que de nuevo retoñan.

Recuerda mientras ve pasar una garceta
al niño que empezó a observarlas.

Primero pasó un somorgujo,
una paloma torcaz y un búho.

Hasta que escuchó cantar al tordo sargento
y vio en su plumaje la noche que sólo el tordo canta.

El ornitólogo ve al pájaro alejarse
asustado por el ladrido de un perro ajeno,

animal gris que nada sabe del tordo
y ladra para zafarse de su reina.

El ornitólogo le ofrece al perro una galleta
y la señora lo muerde.

Dos albañiles

Llegué a mi casa
y me esperaban dos albañiles
haciendo la cena.

Me siento en el sillón
como un marido que llega
tarde, pero en realidad
soy la mamá de mi hija
y acabo de llevarla
con su papá
que ya no vive con nosotras.

Un albañil cocina unos churrascos aliñados
con el fruto de un árbol a cinco metros.

El maestro de obras habla de su hija:
tiene once años y es experta
en coreografías de Tik Tok.

Él la tuvo a la misma edad
que yo tuve a la mía.

El otro albañil
tiene tres hijas, tres hijos,
una nieta y unos nietos gemelos.
Me lleva sólo cinco años.

Ellos duermen en hamacas
en mi marquesina
para terminar la obra pronto.

Trajeron su televisor
y una antena pirata
para no perderse
la telenovela turca.

Me enseñan de cabros,
conejos, bacalao guisado y verdura.

Yo les cuento que alguna vez
hubo guaraguaos en Guaynabo

aunque ahora solo haya
guacamayos en los postes.

Les digo: “Extraño a mi hija.

Estas primeras horas
sin olerla”. El chef albañil
dice: “Te escucho jugando
todo el día con ella.

Pues claro que la extrañas”

Me da gusto que alguien piense
que soy una mujer
que juega todo el día
con su hija. Los veo.

Son dos albañiles hermosos,
murmura en el bosque
un múcaro que acaba
de despertar.

Costas y ciudades

A las tres de la madrugada
recibo un email de Moisés
justo cuando me despiertan
el apagón y la tormenta.

Tuvo gemelas en México
y tienen nombres con A
de cantantes y sirenas.

Me cuenta de nacimientos y funerales,
yo de huracanes y tormentas.

Ambos nos escribimos por los terremotos.

—¿Te moriste?—
—No, me reproduje—

Nos sobrevive un amor
de mensajes esporádicos,

documentar nuestra supervivencia
estremecida en costas
y ciudades contaminadas.

Del manuscrito inédito *Para pintar una casa* (La impresora, 2022).

Matt Edwards

A Small Beaded Mirror

you're walking your wife's two Chihuahuas
one tawny, one a creamy pearl
around the next cul-de-sac over
they tug the leashes taut
toes click clacking on the sidewalk
a plastic baggie full of warm shit
swings from your
hand

then the cinnamon and sugar Pomeranians
of the twenty-something single mother of three
(the one who mows the lawn
in her sports bra all summer)
crawl under the chain link fence
and sprint toward you, yapping
again

you stop in your tracks
so they don't run out in the road
a flurry of fur spins circles around you
barking and panting
hair on the Chihuahua's scruff stands on end
curled tails and ears, erect antennas
sniffing butts and noses,
butts and noses,
butts

until she finally bursts outside
and down the driveway
with her dripping wet hair wrapped in a towel
still tying her bathrobe at the waist
saying, “Sorry, sorry, sorry”
as her bare feet slap the
cement

then she bends down to corral and scoop
up her dogs still circling
and sniffing and yapping
as her tower of wet cotton and hair comes close
to brushing your leg
and getting caught on the leashes
coiling around you
you notice her movements are breaking the tension
of her bathrobe’s belt
the knot’s starting to unfurl
and slide and slide
and slide
backward through its loops
hanging on by
a

until she suddenly stands up
her robe stretched
into a high Jessica Rabbit-slit
and a plunging J.Lo-Versace-V
a dog under each arm
and she’s saying something that sounds
like, “Sorry, sorry, sorry”
and as her lips move up and down
three beads of moisture gather
at the hollow spot
between her collarbones
long enough for you to see
your own reflection
before one starts sliding
down her sternum

past a freckle
and in
between
the tops of two
crescent shaped
shadows
before it’s swallowed by the folds of her bathrobe
and disappears

Ana Cagnoni

orden

surge la cuestión del orden de las cosas
al entrar a la casa luego de meses de ausencia.

negamos que haya orden.
negamos que no lo haya.

lo buscamos, sin hallarlo,
en los escalones, las canillas, los pájaros,
en el mapa de la isla con forma de fósforo sin cabeza,
en la forma en que la arena aparece y recién
detrás de ella, aparece el mar.

sin embargo, al bajar a la playa despacio,
esa playa llena de cavernas habitadas por cangrejos
daltónicos, al ver fulguritas y corales con aspecto
de relámpagos o brazos cercenados –

atardece a nuestra espalda.
aún nos visita, a veces, ese umbral escondido,
ese respingo.

nos estremecernos como perros bajo las olas
y allí, si no hay un orden, hay una secuencia.

eso, por lo pronto, deberá bastarnos.

Daniel Jerez

Nada es lo que parece

El emblema que se repite en los productos de consumo es: "COVID 19: Cuídate y cuidarás a los demás". Dentro del supermercado los anaqueles se forman en lotes impredecibles que van desde los alimentos prioritarios hasta las excentricidades que solo aportan colesterol al corazón. Rumian como vacas por las aceras de Bombay los clientes que salen de su confinamiento por obligación. Tienen que comprar, tienen que introducirse en los laberintos de los establecimientos de productos para ejercitarse. Pueden tener ansiedad, pueden esconder su tristeza mordiendo un trozo de torta, pero, quizás, están muertos por dentro. Las palabras ironía, inquietud, descontento flotan en el aire. ¿Un mundo mejor se verá al culminar este laboratorio/reality? Y pensar que las Kardashians anunciaron su retiro de las pantallas. Ojalá volvieran a editar Jackass.

El emblema que se repite en los productos de consumo es: "COVID 19: Cuídate que yo te cuidaré". Era así como predicaba dios a sus discípulos trasmutado en las propias manos de su hijo Jesucristo. Los altavoces están parloteando, quieren que todos mantengamos la distancia de rigor. Mi intuición indica que alguien me sigue desde que entré al supermercado. Es una idea vaga que me roza el hombro. Quiere que pierda la paciencia, estúpida seguridad personal, logro inacabado de un ser ontológicamente desplumado, como lo haría Diógenes "el perro" en medio de una plaza pública en la Atenas de Aristóteles. Un río de nervios me corre por dentro, los párpados me repican como bombillas alucinógenas. El inconsciente medita sobre un peligro no identificado y, bien sea dicho, el éxito de mi escape del establecimiento pasa por pagar lo antes posible.

El emblema que se repite en los productos de consumo es: "COVID 19: Es la cura peor que la enfermedad". Las alarmas del supermercado gritan como guacamayas al amanecer. Caracas era una enfermedad sabrosa, y aún lo es. Una voz ansiolíticamente pastosa dice lo siguiente para todos: "Tenemos código 21", repito, "Código 21 en proceso". La muchacha que consumía un café en la mesa #1 del cafetín se quemó el paladar con el susto. Lo supe porque apenas estaba yo a escasos metros del sitio, pidiendo medio kilo de carne molida. El carnicero gruñó algo como: "Estos carajos siempre salen con lo mismo". Dije para mis adentros que algo estaba mal, algo muy malo iba a pasar, pero apreté los puños y seguí cortejando los anaqueles de los productos secos como una paloma en los tejados.

El emblema que se repite en los productos de consumo es: "COVID 19: Tarde o temprano todos despertaremos". La seguidilla que tenía esta persona sobre mis pasos dejó un rastro malicioso para que me condujera como una hormiga. Las cosas llegaban a mis manos como si yo mismo las hubiera puesto de ese modo. Cosa irritante para cualquier loco de la perfección, a la verdad es mejor dejarla de lado si queremos simpatizar con cualquiera. Las luces dentro del supermercado me provocan náuseas a los pocos minutos. Los alógenos participan de un viaje astral que nos deposita en la caja registradora sin saber cómo diablos hemos cargado tantas vainas. Y uno se pregunta: ¿cómo pude gastar tanto dinero, si apenas vine por medio kilo de carne, tres plátanos y una harina Pan? Cosas insólitas pasan en los supermercados, la experiencia de compra es extrasensorial.

El mensaje que se… que se… transmite en los sellos de productos es: "COVID 19: Nuestro mundo es una mentira". Y los huevos no aparecen en el lugar donde deberían estar. ¿Qué diría Charly García si estuviera buscando comida en este momento? Maldito viejo que nunca se muere, como el rock & roll. La paleta de colores que rodea mi círculo visual es un complejo turístico en Aruba. Me siento inflado de energías varias; la fatiga imprime una tensión superficial en mi cuello, una reacción natural a las situaciones de estrés que tengo que vivir.

El código 21 era una situación irregular dentro del supermercado. Aquel día, cerca de las 11:39 am se produjo lo que muchos llamarían un caos exprés. O bien sea dicho: la arrechera justifica-

da. Una señora de cincuenta y pico de años, de baja estatura, ni tan mal agraciada, porque se conserva para su edad, se agarró por los pelos con una cajera. El veredicto de los que estuvieron alrededor del acontecimiento, y que pudieron darme un resumen, tan elocuente como absurdo, fue que la señora quiso pagar con una tarjeta de crédito, de esas que ya no tienen cabida dentro de los mecanismos de pago bancarios. La razón que ella impuso: tenía meses sin salir de casa. Estaba confinada voluntariamente y, lejos de cualquier contacto con la realidad, no sabía que los métodos de pago estaban limitados a los dólares, los euros y las tarjetas de débito. La cajera resultó herida en el rostro, la mujer le clavó las uñas a la altura de los ojos; sendas cicatrices tendrá que cargar por cumplir con su trabajo.

La verdad sea develada en los empaques de los productos, cada elemento que tomo entre mis manos dice lo mismo "COVID 19: Son nuestros conejillos de indias, gracias por colaborar". Quise lanzar al suelo una botella de desinfectante, pude captar una sombra que se acercó a mi oído, y susurró unas palabras de burla; un hocico como de hiena me regalo una risa difuminada. ¿Estaba loco por los días de encierro? ¿Quién era esa persona que me perseguía? Quizás un enemigo oculto, ese hijo de puta que siempre me mira feo. A veces podemos ganarnos enemistades porque nuestro tapabocas tiene un diseño envidiable. Tuve ganas de gritar a todo pulmón: "¿Quieres mi tapabocas, desgraciado? Ven y quítamelo, anoche lo usé para cogerme a tu vieja".

El emblema que se repite en los productos de consumo es: "COVID 19: Una enfermedad innecesaria, un complot mundial por controlar nuevas cotas de poder. La geopolítica mundial es una miseria, los líderes mundiales juegan con nosotros como soldaditos de plástico".

Me perdí de un encontronazo entre individuos que estaban formando una hilera para cancelar sus compras. El uno le espetó al otro que mantuviera la distancia, que pensara en sus hijos. Por su parte, el segundo en disputa conservó sus palabras al resguardo de su "escudo facial" y se limitó a desearle una buena bendición. No sé en qué momento pasé la tarjeta, abordé mi automóvil, encendí la radio, volví a despertar y la misma frase seguía repitiéndose en mi ordenador… COVID 19: Nada es lo que parece.

Sonreír, lavarse las manos, resguardarse.

Ana Karen Degollado

Afuera la casa es el desierto cuando despierto
(fragmentos)

II.

a la derecha arde ese libro
la mano no pierde su forma
que pide y recibe
helada
con su collarcito atorado
entre los dedos

la abuela trata de resistirle
al silencio

haz algo

no lo veo, pero lo escucho,
espera

alcanzo a ver un piecito
sobre esas alas
ninguna se mueve

haz algo

III.

lo que una vez
fue casa
allá afuera
es una grieta
por desear tanto

convertir un sietedeagosto en
un treintadeenero
que tu desaparición sea
un mal sueño

planear cientotreintaviajes post encierro
una boda
una casa
dónde conseguir
una mesa carta blanca

llegar al plagio
hasta las últimas consecuencias
a cumplir sin falta
eterno retorno

en la mesa
seis veintinueves han pasado
a la pregunta no escapo todavía

¿vas a venir?
entonces sí
¿vas a cumplir?

nuestro pacto.

Claudia Santiago

Irene

Con la ayuda de su mamá Irene, Adrián logra conectarse con el mundo. Ella completa sus frases, le apura a continuar caminando, lo regaña cuando no quiere salir de la alberca. Adrián tiene 35 años y dio positivo en su prueba para COVID 19. Una noche, ya entrada la madrugada, se escucharon ambulancias en la colonia. Hasta el otro día se supo que Adrián había empezado a tener complicaciones para respirar.

Las noticias se esperaban siempre con ansiedad: ¿Cómo está Adrián? ¿Cómo sigue su oxigenación? ¿Qué medicamentos le están dando? ¿Cuándo saldrá del hospital? Adrián, cuya característica principal es la terquedad, está ahora acostado en una cama conectado a un respirador y se encuentra estable. Irene mantiene al tanto a su familia, a sus amigas y amigos.

No hacía mucho tiempo atrás, me encontré con Irene en la entrada de su unidad. Estaba encorvada como siempre; su cabello castaño, corto y crespo, su caminar peculiar de pasos cortos, pero tenía buena actitud. Siempre me preguntaba cómo iba Adrián en sus clases, si había alguna tarea o debía hablar con él para enfatizar alguna lección. Desde mi ventana, todos los días la veía salir al mercado, regresar, salir de nuevo con Adrián detrás de ella. La voz de Irene es bajita, confiable, frágil. Atenta y amable, como siempre, me preguntó por mi familia, platicamos dos o tres minutos y nos despedimos no sin antes pedirle que me saludara a Adrián.

Después, inició la cuarentena. No recuerdo cuándo fue el último día que los vi, sólo supe que Adrián se había contagiado y estaba internado; a veces, mucho más a la distancia, una parte de mi cuerpo le recordaba y se preocupaba por él. Pero un día llegó la noticia: Adrián había salido del hospital e Irene, como toda buena

cuidadora, ya había establecido un itinerario de limpieza y de comida en donde pequeños rituales de micro limpieza se incrustaron sin que se diera cuenta.

Se despertaba a las 5 am para preparar el desayuno de Jonathan, quien empezaba sus clases universitarias a las 7 am en línea, y antes de despertarlo a las 6 am para que se bañara, echaba la ropa sucia del día anterior a la lavadora. En el transcurso de este pequeño recorrido por la casa, iba recogiendo los trastos que habían quedado de la comida y la cena del día anterior. Un vaso con restos de leche junto a la televisión, un plato con algunas semillas de mandarina que alguien se preocupó por depositar en el fregadero, sin lavarlo, por supuesto.

A las siete, cuando Jonathan ya tiene su desayuno listo junto a la computadora y viste una camisa pulcra, Adrián va despertando de nuevo al mundo, en su cama, con sus sábanas, con sus cosas, en su mundo con Irene. Su papá se asoma a la recámara y con el miedo que nos distingue a los no enfermos, se despide y le avienta un beso de lejos: hace como que entra y después finge que se le ha olvidado la corbata; pronto regresará para darse cuenta de que también ha olvidado el cubrebocas.

Irene entra apresurada al cuarto de Adrián; cubrebocas y careta la protegen de su hijo, le mide con cierta destreza la oxigenación, la presión y la temperatura. Lo hará con la misma disciplina los siguientes nueve meses; después será una manía que forme parte de su cotidianidad. Medirnos los signos vitales serán parte del cotidiano tanto como lo es lavarnos los dientes. Su temperatura es de 37.5, pero se establecerá pronto, le dijeron los doctores. Su oxigenación es de 91, pero se establecerá pronto. "El día que Adrián llegue a 94 podrá salir a caminar", le dijo la Dra. Méndez. Irene recuerda esto como quién toma una píldora cada doce horas, con la esperanza de eliminar una infección. Su presión parece estable, pero Adrián antes de enfermarse ya manifestaba niveles bajos como las personas frías.

Durante el procedimiento, Irene tiene que lidiar con los reflejos de Adrián, quien se apresura a quitarse el oxímetro del dedo, le molesta todo lo que no tiene que ver con su cuerpo, ha sido así desde que nació. Con esa misma desfachatez le rechaza a su mamá el desayuno, un vaso con leche calientita, que ahora Irene tiene que dejar enfriar sobre el buró, junto a la cama. Va a regresar

a la cocina para lavar el pocillo donde la ha calentado, y de paso limpiará la estufa porque mientras la leche se calentaba, Jonathan le pidió una pluma de color rojo que ella tuvo que ir a buscar al librero que se encontraba en otra habitación, y la leche se derramó.

Enseguida sacará la ropa de la lavadora y la subirá al área común de tendido. Solo se alejará un poco de su hogar y aun así subirá con el cubrebocas puesto. De rato en rato sube a ver si la ropa ya se ha secado, sale al balcón a sacudir las cobijas de todas las camas de la casa, sale al balcón a sacudir las fundas de las almohadas, de los sillones, el mantel de la mesa. A eso de las 10 de la mañana, abre todas las ventanas; las palabras "Hay que ventilar los espacios" le punzan en los talones. Está cansada. Ha estado cansada desde antes de que Adrián entrara al hospital.

Hay una persona en el balcón de Irene y yo la miro desde mi ventana. Su movimiento no es tan ligero, se parece a Irene, pero no es ella, la persona que sale todas las mañanas con un cubrebocas puesto y barre su pedacito de balcón, no es Irene. Su cabello es encanecido, su figura parece ser más pequeña, sus brazos no se mueven igual. Durante el rato en que esa mujer está afuera, yo la miro desde mi escritorio, paso varios días pensando si alguien fue a ayudarles y esa otra mujer que yo veo es alguien más, algún familiar que se ha presentado para sostener a Irene. Pero no es nadie más, es Irene, me confirman los vecinos.

Irene ahora no puede dejar la limpieza en un segundo plano, el virus está impreso en el miedo de su mirada. Su hijo, a quien ha cuidado desde que nació y seguirá cuidando hasta el día de la muerte de cualquiera de los dos, está en rehabilitación tras haber sobrevivido a una enfermedad que ha generado la muerte de millones de personas en todo el mundo. Se repite a diario lo mismo, como plegaria, como agradecimiento, como tortura. Saca las cobijas de todas las camas cada día y las sacude con fuerza, con los brazos que ahora denotan flacidez. El COVID 19 se ha llevado, también, la vida de algunas que aún andan.

Iliana Pichardo Urrutia

Duo Sapiens

Some people say history moves in a spiral,
not the line we have come to expect.
We travel through time in a circular trajectory,
our distance increasing from an epicenter
only to return again, one circle removed.

Ocean Vuong*, On Earth We´re Briefly Gorgeous*

Las migraciones humanas son un fenómeno tan antiguo como nosotros. Como prueba está el primer movimiento prehistórico durante el Paleolítico que sacó a los *Homo sapiens* de África para expandirse por el mundo— Esto dice el libro de T.

———

T. ya tiene seis años. No hace tanto que aprendió a leer. Primero se interesó por las formas cuando daba un orden propio a los imanes de letras atraídos al refrigerador. Ahora, T. lee espaciando las palabras, como si cada una se redondeara en la lengua, para después llegar al significado. Una búsqueda. Leer se ha convertido en una búsqueda para darle sentido al tiempo en una ciudad nueva a la que nos mudamos hace poco. Una ciudad nueva donde hace frío y hay un desierto. T. no quería mudarse.

Mientras acecha otro pico de contagios, permanecemos los tres solos en casa.

———

Para entusiasmar a T. buscaste con esmero un libro que pudiera gustarle. Encontraste una novela gráfica que hablaba del nacimiento de la humanidad, el origen de nuestra especie, la evolución de la vida. Cada noche antes de dormir leen juntos en la cama algunas páginas. Se parecen tanto. El mismo color de ojos,

agua encharcada de río. El niño tiene tan buena memoria como tú, no olvida nada. Casi siempre los dejo escudriñar las palabras solos, un tiempo ceñido por su cercanía. Pero hoy me acerco a ver las ilustraciones. En un recuadro un chimpancé le está dando un beso a otro. El libro dice que la cooperación entre chimpancés se basa en relaciones sociales próximas, no cooperan con extraños pero forman amistades estrechas. También tienen mucho contacto íntimo: se abrazan, se besan, se acicalan. En otra ilustración la mamá chimpancé está dando golpecitos en la espalda a un bebé. Volteo a ver a T. que mira las páginas divertido mientras escucha tu voz. Los chimpancés pasan mucho tiempo juntos, comparten la comida y se ayudan en tiempos de dificultades. Durante mucho tiempo el *Homo sapiens* quiso creer que era distinto al resto de los animales, huérfanos sin familia. Pero no, genéticamente, somos primos hermanos.

———

Reproducirse. En el principio fuimos tú y yo. Nos escribíamos mucho, ¿te acuerdas, S.? A veces me parecía reconocer más tus palabras que tu cuerpo. Escribíamos en tiempo presente. Contigo no había mañana ni nunca, sabes que no miento. Decías que eras una cañita voladora, y yo no sabía cómo interpretar eso, pero me daba la sensación de que hoy estabas aquí, y al día siguiente podías irte volando como un cohete. Un fuego de artificio que se iluminaba, provocaba un fuerte estampido y luego desaparecía. Pero el presente se fue alargando y el día que tenías que irte no te fuiste, permaneciste a mi lado. Yo no te lo pedí, pero agradecí que así fuera. Nos conocíamos poco. Tomarnos de la mano era como agarrar arcilla áspera a la que le faltara amasado para poder contener una vasija. Sin embargo, algo nos atraía hacia el centro de la vida, un principio, un lenguaje preverbal que había que aprender a descubrir para fundar nuestro mundo.

Una mañana, después de una noche de fiesta, terminamos en la tienda de una gasolinera comprando electrolitos. Ahí junto a una bomba de gas, me miraste y me dijiste: ¿Y si tenemos un hijo juntos?

———

Me levanta el aullido de un animal herido, hondo y ronco como una caverna. El cuarto está oscuro, la luz que viene de las persianas apenas alcanza para descubrir tu cuerpo. El viento gélido golpea contra el filo de la ventana y el sonido de un tren a la distancia me hace reconocer que estoy en esta casa, en esta ciudad nueva. "¡S, despierta!", te llamo mientras mi mano aprieta tu boca como si quisiera ahogar el grito que me ha sacado del sueño. Tu respiración sube y baja como el mar de una tormenta. "Estaba en un túnel muy oscuro. Personas angustiadas corrían junto a mí. De pronto llegué a un lugar donde encontraba a un perro rabioso que convulsionaba mientras sacaba espuma por la boca. Cuando intenté acercarme para ayudarlo, el perro se abalanzó hacia mi cara", dijiste. Vuelvo a mi lado de la cama y tomo fuerte tu mano. La oscuridad se ha vuelto aún más intensa. Escucho mi corazón latiendo rápido como si el animal rabioso me observara fuera de tu sueño. Pienso en los primeros *Homo sapiens* migrando a un lugar desconocido. El frío de una montaña, el acecho de los animales, el peligro. Me quedo alerta esperando escuchar los pasos angustiados de T., pero al parecer no se ha levantado. "Perdón", dices, "perdón por despertarte así".

———

El origen del fuego. Al fuego lo creó el hombre de manera intencionada. Se sabe que el primer método fue el frotamiento de un palo con madera seca. Cuando nos mudamos a nuestra primera casa en la montaña, el fuego fue lo que nos sostuvo, y lo que también nos quemó. Quisimos alejarnos de la ciudad, vivir juntos para estar menos solos, pero lo que no sabíamos era que nuestros cuerpos tenían tantas historias incompletas, que aún viviendo tan cerca nos encontrábamos muy lejos. *Pant-hoot* dicen que es el nombre para las vocalizaciones de los chimpancés para comunicarse a la distancia. Esto lo hacen golpeando a la vez con pies y manos los contrafuertes o raíces gruesas de los grandes árboles. Cada individuo tiene su propio *pant-hoot* mismo que reconoce el resto del grupo. Yo reconocía tu aullido en el medio del bosque cuando solo éramos tú y yo. Duo sapiens. Sobre todo recuerdo esa tarde en que discutimos más fuerte que otras veces. Habíamos quedado de ver a mi familia y yo no debía llegar tarde. Sin embargo, hacía frío y habías encendido la chimenea. Cuando llegó el momento de

irnos, las llamas estaban muy altas. Yo intenté apagarlas, pero lo único que conseguí fue hacerlas más grandes. Imaginé que si nos íbamos, la casa desaparecería entre esas llamas fuertes y constantes. Mi angustia fue creciendo, no podía llegar tarde. Trataste de calmarme pero nos terminamos gritando. En nuestra casa verde, en nuestra casa montaña, tú eras tanto aire y yo era tanto tierra que era imposible encontrarnos. Viéndome desesperada frente al fuego me dijiste que si yo quería las cosas se podían poner mal, pero muy mal en serio. Lo sabía, fue como reconocer el olor de la nieve el segundo antes de suceder una avalancha. Escuché tu *pant-hoot*. Ese sonido que era hondo y negro, tan tuyo, solo tuyo. Te golpeaste tu propia cara, puño cerrado contra la mejilla. El sonido seco de la piel contra la piel. La sangre fuego cayendo como gotas de lluvia sobre el piso de madera. Tu grito en el bosque. Mi silencio. Duo sapiens.

———

Nuevos comienzos. Cuando era más pequeño T. siempre me prefería a mí. Tú intentabas cambiarle el pañal o calentarle la leche pero él con su lenguaje en construcción siempre decía: "¡Amo Mamá! ¡Papá no!". Un chimpancé pequeño rumiando su territorio. Tú te reías y yo te preguntaba si no te dolía su destierro, pero decías que no. Y yo te creía porque permanecías cerca de él.

En dos ocasiones probaste que eras mejor protegiéndolo, más rápido para salvarlo. En un mismo año se ahogó dos veces. En una ocasión con un pedazo de sandwich. Yo te llamé gritando y de inmediato estabas ahí golpeando su espalda. La segunda vez fue en una alberca donde cayó intentando alcanzar un juguete que se había deslizado al agua. Yo me quedé de pie inmóvil mirándolo flotar boca abajo, mientras tú volaste de la silla al agua, vestido de pies a cabeza con tu celular en el bolsillo del pantalón. En cuestión de segundos ya lo tenías a salvo. T. se abrazaba a ti llorando, sin entender: "No respiré", decía, "no somos peces". Reconocimiento del límite del cuerpo. No respiramos en el agua. Aunque alguna vez lo hicimos, veníamos del agua, pero después lo olvidamos. T. se pegó a ti como ventosa, como si tu cuerpo fuera todas las paredes de su casa. "¡Amo Papá!", te dijo.

Por la noche, mientras T. dormía, nos bebimos una botella de vino entre los dos. Yo te confesé el miedo que me había dado mi

lenta capacidad de respuesta ante una emergencia. Tú me confesaste que habías pensado en tu padre. Se había ido de la casa cuando tú tenías la edad que en ese momento tenía T. Mientras lo abrazabas, su cuerpo hecho ovillo bajo la toalla, te era imposible entender, ¿cómo es que teniendo esto en sus brazos (teniéndote a ti) había decidido irse?

———

Migrar. Aquí llegamos, S., a este desierto con sus cielos abiertos como una frente amplia y despejada. T. lee en voz alta su libro y dice que el *Homo sapiens* podría extinguirse en el año 2100. La normalidad para nuestra familia de homínidos quizás es desaparecer, igual que las seis especies de humanos que nos antecedieron. La cooperación social es clave para nuestra supervivencia. A través del espejo del cuarto nos miro reunidos alrededor de esta historia. Nuestros cuerpos se tocan, se acicalan, se abrazan en una ciudad nueva. Afuera, el viento frío sacude la ventana. Las noticias dicen que mañana podría nevar. T. no conoce la nieve.

los d. como a la luna entre las ramas
del pino del recinto
esta mañana
las mañanas

Corbett Buchly

Poems

writing backward on cave wall

do the dead read what we have left
through the stone this dark portal
we see them lingering
large hands pressed outward

hoping to return or hoping
to pull us over or yearning

do the dead know what they are
to us, know their bodies are ash
their words smoke long since risen
but their lives embedded like burrs

barbed into cells
have the dead transcended such
constructions & syntax
do the dead mourn the living

I could have said goodbye
with more words, more days
not some ordinary farewell
but fireworks speech

the kind that burns you up
and leaves only ash
the kind that leaves

charcoal smeared on stone
the kind that obliterates
intention and memory

we are all offspring struggling
to shatter stone

“A-yv-si-li-ta-s” or “I am your grandson.”
Cherokee inscription
Manitou Cave, Alabama, U.S.

the same cultural artifacts ostensibly
laid out before us framed by the same
blanket reasonably frayed

did we copy down the same word lists
onto blue-line sheets? this collection
of English phonemes that spill across borders

were you also lost in those hills constructing
your own path home? story or song
should have stitched us together

but if you are quilted in common dialect
what am I so whole and cold? all the panels
in my hero strip were misprints

the figures not quite contained
one inky foot at the edge of the page
ready to slip off into unknown regions

speech was handed down
not at all the bridge
I/you keep falling through

the line abused

Arrival
it starts with the flat line
facts above, story below
I draw lines to ignite new fires
as many conflagrations as it takes

but a lion has arrived
prowling the line
smearing the edges
I can no longer discern truth
from the facts I've conjured

Day 1
the lion started small
I nudged him to the line's side
but he roared and bit
a small nip on the knuckle
that stung like a bad review

Day 2
the lion expanded, I growled
"Go find another line to siege!"
but he studied me with fierce amusement
and licked his paw afterward

the bob of fur on his tail
swished across the page
stirring trouble and ideas

Day 3
the pesky beast had grown
to the size of desk
but I'd had enough to want

departure, his or mine
I pulled out new pages
and wrote ten facts

for every fabrication
he tried to paw my work
but I turned continually away

at last finished I slammed the pages down
he ran his tongue along the lot
before devouring them whole in one inhalation

without thought
I punched his snout
which I suspect is why

he bit my arm
off at the elbow
this was unpleasant

I bled over the lion, the desk
the page upon which he sat
the stench must have driven him away

for when I returned from the hospital
the lion had moved on
leaving my blood-soaked words behind

Claudia Morales

Lo que vive en las esquinas

Siempre he cumplido bien con el papel de hermana mayor. Incluso hasta el último momento de la vida de mis hermanos. Sergio está arropado en un ataúd de cedro, como una pieza de arte: sus ojos sellados con cinta transparente y la cicatriz de su cabeza extendiéndose hasta su nariz. Yo le coloco mi mano en la frente como si le tomara de nuevo la temperatura, o lo acariciara. Desde que soy enfermera nunca he podido acariciar sin diagnosticar, sin buscar un signo de alerta: una reacción febril, un color amarillento en las mejillas. Ahora, ante el cuerpo de mi hermano, intento acariciarlo, pero siento la piel fría, que tantas veces en otros cuerpos he sentido y por un segundo no es mi hermano menor, sino un paciente enfermo, consumido por una enfermedad que no he podido curar.

Los cinco rodeamos su cuerpo: Pepe, Betty, Polo, Eliseo y yo. No decimos palabra, nos abruma nuestro fracaso. El día que cambió nuestro destino lo recuerdo como la escena de una película: Los que alguna vez fuimos todos, no en el viejo comedor. El reloj marcaba cuarto para las doce. Eliseo tenía catorce años, le decíamos Cheo y jugaba beisbol. Tenía una camisa rayada donde se leía su apodo y una gorra de su equipo.

—Quítate la gorra, a papá no le va a gustar que comas así —le dije, ¿o se lo dijo mamá? No importa, lo que importa es que Cheo era entonces flaco, casi tanto como yo. Yo tenía trece años y tenía el cabello largo sujetado por dos trenzas espesas. Nunca volví a tener el pelo así desde que entré a la escuela de enfermería.

Yo ayudaba a mamá a servir la comida a los niños más pequeños: Betty y Polo eran inseparables y jugaban a imitarse el uno al otro.

Pepe entró entonces a la cocina cargando su balón de futbol.

—Hildita, sírveme a mí antes, yo vengo de jugar—me dijo. Siempre me pedía los favores a mí, porque sabía que no me podía negar. Pepe tenía once años y ya era tan apuesto como sería de adulto.

—Ya, niños, paren antes de que venga su papá—. Eso lo recuerdo bien porque fue lo último que dijo mamá antes de retorcerse de dolor y soltar el plato de comida que iba a darle a Pepe. Pero, no lo tiró al piso, logró dejarlo en una esquina de la mesa antes de caer de rodillas. Yo escuché como si alguien justo en ese momento hubiera arrastrado por el piso un pesado y viejo mueble de madera, troc, troc, troc, quise pararme a investigar, pero mamá se encogió más y se abrazó el abdomen. Tenía nueve meses de embarazo y habían comenzado las contracciones.

Yo había visto nacer a todos mis hermanos y desde que llegó doña Minda a revisar a mamá supe que éste no era igual a los otros. Mamá gritaba y se retorcía y doña Minda, la partera, me pedía una sábana más y otra y otra y todas se teñían de sangre y coágulos. Los niños que habían intuido que algo más grande que nosotros nos acechaba se habían quedado quietos, sentados en la sala, sin hacer ruido.

—Ahora viene papi, así que se quedan aquí, sin hacer avería— les dije yo, y me paré en el corredor esperando a alguien, a cualquier adulto, para que me dijera qué hacer.

Llegó papá. Alguien de su trabajo le había avisado y había venido con una ambulancia. Nunca había visto una y me cautivó. Me impresionaron los paramédicos vestidos de blanco entrando eficientes a mi casa, cargando la camilla donde se llevaron a mamá con el estómago aún abultado, pálida. Papá la siguió sin dirigirme la palabra, concentrado en sus expresiones que parecían desvanecerse. Ahora que soy enfermera sé reconocer ese umbral de peligro: cuando al paciente lo abandonan sus gestos y queda su cabello, las uñas, los labios vacíos. Cuando eso ocurre, hipoxia, hay que moverse rápido, antes de que sea demasiado tarde.

Doña Minda se acercó a mí. Yo aún sujetaba el nudo de sábanas teñidas de sangre, cuando me ordenó:

—Tené al niño. Vas a tener que darle atole hasta que regrese tu mamá. Mañana vengo a ver cómo está su ombligo.

Dejó a Sergio en mis brazos, pequeño y tibio. Lo arropé. Vi cómo doña Minda se iba y cerraba la puerta detrás de sí. Mis hermanos me rodearon y contemplamos cómo nos quedábamos

solos. Una sombra alargada se extendía sobre nosotros. Troc… troc…troc.

Llegó la noche y el canto de los grillos y el croar de las ranas.

En los días normales, Betty y Polo salían a esa hora a cazar luciérnagas con un bote de cristal; Eliseo leía las revistas de Kalimán en su cuarto junto a Pepe; yo me cepillaba el cabello, y mamá me lo trenzaba mientras oía "Chucho el Roto" en la radio, *La historia del hombre que protegió a los pobres y luchó contra las injusticias.* Pero esos días no fueron días normales, aunque hacíamos todo lo posible porque lo fueran.

—Deberíamos oír "Chucho el Roto", así mamá no se pondrá triste porque se la perdió cuando vuelva mañana.

—Sale. Pero juguemos antes a que éramos los sobrevivientes de un barco que naufragaba, como en el capítulo donde Kalimán naufraga con Solín y terminan en una Isla gobernada por mujeres amazónicas. Pero, primero tenemos que sobrevivir a las criaturas del mar.

—Necesitamos armamento.

—Unas flechas.

—Sí. Las flechas y también el balón de Pepe que sea una bomba.

—¿Y qué hacemos con el bebé? Que él sea como un príncipe que tenemos que llevar a la isla de las amazónicas para que lo críen. Sí. Pero que lo agarre Hilda porque está chiquito.

—Sí. Sale, sale.

Llegó la noche y el bebé dormía. Yo lo contemplé y lo vi moverse como si soñara. "¿Qué ves con los ojos cerrados?". Me aseguraba de que respirara acercando mi rostro a su nariz.

—Duérmete, bebé. Duérmete, mañana viene mami— le dije, y me quedé dormitando sentada para que los otros niños no lo lastimaran pateándolo mientras dormían.

"Chucho el Roto" había terminado y habían cantado el Himno Nacional, los grillos habían dejado de hacer ruido y afuera comenzaba a lloviznar. El bebé se acurrucó en mi pecho, se apretó como si sintiera frío y de repente se oyó un golpe seco, como si algo pesado cayera desde el techo y, de nuevo, ese sonido crujiente de madera troc, troc, troc.

—¿Oíste? —Eliseo apagó la radio, acomodó a Polo, que se había quedado dormido con un pie fuera de la cama. Le quitó a Betty las flechas de juguete y tomó de un cajón la linterna de papá.

—Ahora vengo, voy a ver. Salió con la linterna y su bate de béisbol. Lo oí merodear y cerrar las ventanas.

—No era nada, se azotó una ventana de la sala con el viento, ya la atranqué.

—Cheo, no me dejes. Vente aquí.

—Sí, pero me voy a dormir aquí en el piso junto a la puerta por si se vuelve a oír el ruido.

*

—¿Cómo se llama?

—No lo toques, está chiquito.

—¿Él puede ver con los ojos cerrados.

Nos quedamos quietos esperando a mi papá.

—¿Y si se murió mamá?

—No, claro que no, las mamás no se mueren. No llores, Betty, no digas esas cosas.

Papá entró entonces a la casa, aún traía la ropa del trabajo, los ojos llorosos y cargaba unas bolsas con comida.

—Chamacos, tranquilos. A ver, Betty, si no te comportas no te voy a llevar al circo, tranquilos. Mamá está bien, pero está muy enferma, la voy a tener que llevar a México para tratarla. Doña Minda me prometió que va a venir a ver al bebé, pero hoy tuvo otro parto. Así que lo van a tener que cuidar ustedes. Escúchenme bien, no salgan a la calle, porque se los pueden robar. No voy a tardar más de una semana. Aquí les traje harta comida. No voy a tardar. No tenemos más familia. Tenemos que cuidarnos entre nosotros. Yo voy a cuidar a mamá. Tú, Eliseo, vas a cuidar a Hilda, Hilda va a cuidarte a ti; Pepe va a cuidar a Polo y Polo a Betty y Betty a Polo; y todos ustedes van a cuidar al bebé. ¿Me entienden?

Papá dijo todo eso muy rápido y se fue sin comer y sin tomar el café que yo le había servido. Tampoco había abrazado al bebé, que seguía durmiendo en mis brazos desde el día anterior. Doña Minda no llegó ese día ni el día siguiente ni al otro. Al tercer día las sombras que habitan las esquinas cobraron forma.

*

Papá tuvo un hermano que murió joven, nos contaba siempre cómo se fue enfermando. Trabajaba en el ayuntamiento como escribano y un día entró a la casa vestido con su traje de lino, tambaleándose, como si estuviera borracho. "No sé qué tengo, me voy a recostar". Cuando mi padre fue a verlo, un líquido amarillo salía de sus oídos. "Quiero vomitar." Mi papá lo sujetó y lo llevó al patio. Ahí vomitó una culebra. Salió de su boca deslizándose hasta el piso, era un coralillo largo y delgado. Mi padre quiso matarlo, pero no pudo, se escabulló hacia la coladera y su hermano murió dos días después. Pepe llevaba su nombre y todos decían que se parecían mucho.

Por eso, cuando lo vio en el patio, lo reconoció de inmediato. Estaba releyendo la última revista que compró antes de que mis papás nos dejaran solos. Revisaba las imágenes y leía en voz alta los diálogos, deteniéndose en las palabras complicadas que leía por sílabas "as-tro-nauu-ta", y vio a un hombre sentado en la banca del jardín, vestido de lino con un sombrero de mimbre y un par de zapatos de charol.

Pepe se vio a sí mismo unos años después: los hombros amplios, los brazos fuertes, los ojos grandes y el cabello rizado. El rostro atractivo que lo acompañaría en su vida adulta. Se puso de pie y se acercó a aquel hombre. Él le estiró la mano, Pepe la tomó, las manos estaban heladas y quiso soltarse, pero no pudo, él lo sujetó con fuerza y Pepe vio su vida como un sueño claro: supo que sería un adulto infeliz. Se casaría una sola vez muy enamorado de una mujer que no lo amaría nunca. Tendría un hijo afeminado y extravagante a quien él no sabría amar. Se haría rico con una empresa de venta de licor. Tendría muchas amantes y no podría querer a ninguna. Un día, una de ellas le diría: "Pepe, te vas a morir solo y condenado. Enfermo y retorcido como tu tío".

Pepe gritó y corrió a la casa, Eliseo lo regañó porque había dejado la revista de Kalimán en el patio, y lo tranquilizó diciéndole que no era cierto. "Te vas a enamorar de una muchacha linda y serás muy feliz y no te voy a dejar morir solo." Pero él y yo sabíamos qué nos acechaba.

Mi abuela Linda antes de su muerte nos contó la historia de la fundación del pueblo. "Esta casa con sus paredes altas de adobe y sus corredores oscuros tiene la apariencia de haber albergado a nuestra familia por generaciones, pero sólo la hemos habitado

desde que la epidemia me llevó cruzar el río. Mi mamá amaneció buenisana, pero ya para la noche agonizaba. Troc, troc, troc, hacia la muerte. ¿Alguien vive? dijo una voz. No lo pensé dos veces, me puse de pie y dejé a mi madre sola en aquella casa poseída por la peste. Éramos apenas un puño de gente. Estábamos débiles y cruzamos el río sin fuerzas, pero con voluntad. En la parte más caudalosa nos sujetamos de las rocas. Estaba amaneciendo cuando llegamos al Valle y los grandes decidieron fundar aquí la vida y para darle orden y sentido edificaron un pueblo: trazaron las calles, abrieron un parque y construyeron una iglesia con un altar para la virgen. La virgen de Candelaria cada año amanece con las plantas de los pies húmedos y cubiertos de arena, porque cruza el río con sus pies desnudos y regresa allá donde enterramos a nuestros padres y nuestros hermanos, donde los dejamos sin compañía en el momento de su muerte. Por eso todos aquí estamos condenados y él vendrá con su cuerpo de carbón y sus ojos mudencos: vendrá a quitarnos lo que amamos".

Papá dijo que no fue tanto tiempo el que nos dejó solos, que fue apenas poco más de una semana, pero, nosotros sentimos que los días habían dejado de existir, existía ahora el tiempo dividido en noche y día. Y otra sutil distinción: los días con lluvia y los días secos, y luego aquel día en el que doña Minda tocó a la puerta y yo la abrí. Nos dio de comer a todos y revisó el ombligo del bebé.

—A este niño hay que bautizarlo. Están queriendo llevárselo.

Se quitó un collar de ámbar y lo ató a la mano pequeña del bebé dándole varias vueltas sobre su muñeca diminuta.

—Cuídalo, Hildita, menéalo en la noche siempre de izquierda a derecha. Yo vengo en dos días, mi hija está de parto y me tengo que ir a verla a Comitán. Pero, nunca le quites el ámbar al niño, hasta que yo regrese.

Doña Minda se fue, pero supe que ella también pudo sentir lo que nosotros veíamos: aquello que nos persigue, aquél que vive en las grietas y en la noche. Nosotros lo veíamos cuando nos bañábamos, observándonos desde un rincón del baño. Al dormir, parado a los pies de la cama, sin tocarnos, con sus piernas alargadas, la piel de escarabajo y los ojos empañados como el cristal que cubre el marco de las fotos antiguas. Aquello merodeaba y había tomado por completo el comedor.

Eliseo se acostumbró a dormir con el bate aferrado a las manos, acostado sobre un montón de cobijas al pie de la cama. Desde ahí vigilaba que aquello que se escondía en la unión de las paredes, debajo de la cama o en los rincones abandonados, se mantuviera a una distancia considerable de nosotros. Él nos veía, de pie, frente a nosotros, desde que anochecía y las ranas lo anunciaban hasta que salía el sol y aclaraba poco a poco el cuarto, entonces, aquello se replegaba y se acurrucaba.

Pronto nos quedamos sin ropa limpia y comenzamos a lavarla en el jardín, y a colgarla a medio día. Todos participábamos, yo la tallaba mientras Polo y Betty vigilaban al bebé. Eliseo la enjuagaba y Pepe la colgaba extendiéndola para que se secara mejor.

—Míralo, está viéndonos. Allá, detrás del librero.

Al inicio los más pequeños estaban acongojados por su presencia. Pero, poco a poco, comenzaron a dar brincos por el corredor evitando pasar cerca del comedor, donde no prendíamos la luz. Incluso cerramos la puerta y apagamos la luz del pasillo, así lo escondíamos de nuestro miedo.

Sabíamos que nos observaba y nos sabíamos a un paso de caer en sus garras. Un paso en falso y podríamos terminar envueltos en sus fauces. Nos cuidábamos unos a los otros, él nunca se acercaba demasiado. Esperaba a que trastabilláramos, a que fuéramos nosotros los que nos rindiéramos.

Yo arrullaba al bebé y lo alimentaba con diligencia y él bebía con apetito y vida. Jugábamos sobre la cama como náufragos, evitando caernos y golpearnos. Para entonces, hacía unos años que yo había dejado de jugar y en esos días volví a hacerlo, me dejé llevar por mis hermanos y navegábamos hacia alguna isla ignorando al monstruo en la esquina.

Aprendimos a vivir sin mis papás y los días se siguieron sin orden, pero con rutinas establecidas. Volvimos a perseguir luciérnagas y a atrapar ranas. El bebé abrió los ojos y perdió el ombligo. A Betty se le cayó un diente y a Eliseo le salió un pelo largo y negro en la axila.

—¿Y te va a salir más? Sí, muchos más, a ti también.

Un día sonó la puerta mientras estábamos comiendo en el jardín. Él estaba de pie, cerca de la sala. Cheo fue a abrir, pegando la espalda a la pared del pasillo.

Mamá entró con papá. Ambos se veían más delgados pero sanos. Mamá era diferente, tenía ahora un ojo podrido. Un ojo opaco como una canica azul y un par de lentes de fondo de botella. Los labios los tenía secos y partidos.

"Mi amor", dijo mamá y me abrazó muy fuerte, olía a ella, y aún traía una cinta de hospital con su nombre rodeándole la muñeca. Intentó tomar al bebé, pero él no la conocía y comenzó a llorar alargando sus brazos de regreso hacia mí. Tomó al bebé en sus brazos arrullándolo hasta que se calmó. Y yo sentí los míos, por primera vez en mucho tiempo, livianos y vacíos.

Nos sentimos extraños en su presencia y los niños se quedaron contemplándolos con timidez, como si fueran vecinos o fantasmas. Betty fue la primera en calmarse, se acercó a papá y le mostró el diente que se le había caído. Cheo besó a mamá.

—Los voy a llevar el sábado al circo y volverán el lunes a la escuela y verán cómo todo esto se nos olvida pronto.

Nosotros nos quedamos de pie sin saber qué hacer. Buscamos a la sombra que nos acosaba por todos lados y no la pudimos encontrar. Papá me puso un brazo sobre los hombros.

—Vamos a comer algo y a celebrar que todo ya se ha terminado —me dijo, y se acercó a la cocina. Prendió la luz del pasillo y nosotros inspeccionamos con temor.

Mamá lo siguió.

—Voy a cocinar algo delicioso. Estoy cansada de la comida del hospital —y se movió con confianza y sin temor.

Nosotros vimos cómo aquello se arrinconó detrás de una alacena. Ahí estaba como siempre, vigilándonos de cerca. Mamá, sin verlo, se acercó sin titubear al mueble y sacó los utensilios de cocina.

—Vamos a estar como antes. Esto fue sólo una prueba del Señor. Pero, gracias a Dios estamos juntos.

Eliseo asintió sin quitar los ojos de aquello que ahora se escabulló hacia el comedor, cruzando entre mi madre y nosotros sin que ella pudiera verlo. Papá sujetó al bebé mientras mamá cortaba los vegetales y preparaba una sopa. Él caminó al comedor y se sentó en la silla principal.

—Cheo, ven, siéntate aquí conmigo.

La criatura se escondió debajo de la mesa, en cuclillas.

—Ven, toma un trago de tequila. Tú también, Hilda, vengan aquí. Sin ustedes dos no hubiera sido fácil estar tan lejos de la casa.

Nos sirvió en unos vasos pequeños donde servía a sus amigos. Troc… troc… troc…

—Se toma de un solo trago. ¿Me entienden? Así

Tomó el licor haciendo una mueca de satisfacción. Eliseo veía fijamente hacia el piso donde esos ojos continuaban vigilándonos, él estaba ahí agazapado como un perro. Eliseo tomó el trago cerrando los ojos y arrugando la cara. Betty, Pepe y Polo nos observaban a los cuatro desde la cocina, aferrados a las faldas de mamá.

Yo me puse junto a papá, tomé el vaso que me había servido. Apreté los ojos y dije.

—Vete, vete.

Cuando terminé el trago lo vi en el dintel de la puerta del comedor. Ahí estaba: largo e inmóvil.

—Vete.

Lo vi deslizarse hacia una esquina oscura mimetizándose con la ausencia de luz del rincón, sus ojos fijos en mí.

—Vete— dije y cerré los ojos.

Todos seguimos con nuestras vidas como si nada de eso hubiera ocurrido. Cheo se hizo contador y se volvió gerente de un banco y se hizo gordo, inmenso, tan robusto que tiene que usar un pedazo de madera para acomodarse los zapatos; Polo se casó con una mujer que lo adora; Pepe tuvo un hijo tan bello como él. Beatriz se casó con su novio del bachillerato, un joven taciturno y silencioso. Yo no me he casado, porque me mantengo vigilante. Entré a la escuela de enfermería, me corté el cabello muy corto para acomodar mi cofia blanca, geométrica, que corona mis zapatos boleados, las medias perfectas, la filipina intacta. Vigilante de mi hermano.

Ver crecer a Sergio ha sido la alegría más grande de nuestras vidas: verlo aprender a caminar, a tocar la guitarra. Verlo graduarse de la universidad y mudarse con su novia.

Lo recuerdo siempre manejando hasta la casa de mis padres, con una chamarra de piel, el cabello rizado y largo, oyendo en el estéreo a Nicola di Bari, cantando: *Vagabondo, vagabondo*… Hasta el día que su novia me habló en la madrugada para decirme que una noche cualquiera había convulsionado y que lo llevaban en una ambulancia al hospital donde yo trabajaba. Yo llegué sin mi uniforme, crucé la sala de urgencias y un amigo me recibió en su consultorio y me dio la noticia: le detectaran un tumor cancerígе-

no en el cerebro. Yo lo cuidé hasta el último momento. Yo misma entré a la sala donde lo operaron la primera vez y contemplé el cáncer albergado en el sitio donde se coordinan los movimientos, oscuro y maligno como una obsesión. Troc, troc, troc.

Cuando Sergio abrió los ojos en la cama del hospital, había perdido el cabello y ya tenía esa cicatriz que le deformaba el rostro, yo fui la primera en entrar a su habitación. Reconocí aquello y sujeté la mano de mi hermano como si lo clamara. "Es mío", pensé, ignorando a la sombra que lo contemplaba desde la esquina: ahí estaba, inamovible, como una ventana que ve hacia un patio oscuro.

Hoy la casa está cubierta de flores desde la entrada a la sala y las velas vigilan el ataúd de mi hermano pequeño. Los cinco lo rodeamos como el día de su nacimiento. Beatriz reclina la cabeza sobre el hombro de Polo; Cheo se cubre la cabeza para no llorar; Pepe coloca su mano sobre las suyas. Yo acaricio su rostro deformado. Beso su mejilla y le susurro: "¿Qué ves con los ojos cerrados?".

Daniel Zeiders

The Frank Phillips Home,
preserved in the original style

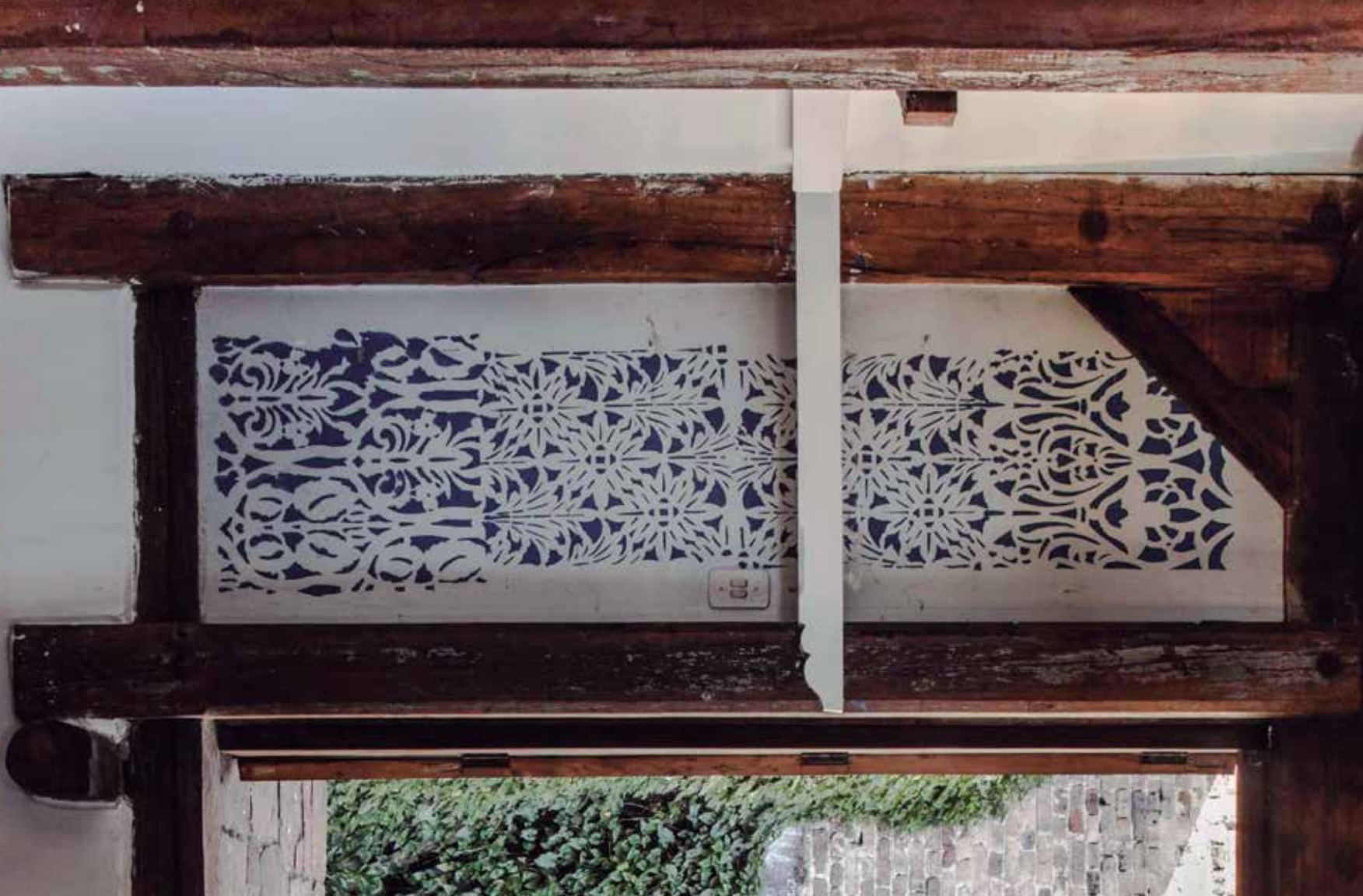
The Great Oilman commissioned crystal orbs
and placed them along the stone walkway of the white-columned house
nestled on granite plinths
Inside them
alternate towns the town might've become
had the Great Oilman not pulled this one out of podunk obscurity
captured views of dusty, empty streets
undeveloped fields and dirt roads

When the Great Oilman died
the orbs were moved inside
to the first floor of the great house
they were priceless
Tour groups would cast charitable glances at them
among the damask wall coverings and imported woods

When the oil company moved to Houston
the curators stored the orbs in trunks in the attic
they'd begun to show distressing scenes
beautiful small farms
untouched wilderness
a new town prospering

Now the unpaid volunteers
that wait for the intermittent guest
will sometimes go to the attic and open the heavy trunk

with these worlds inside
and sit and gaze at the growing towns and alluring landscapes
and wait for the doorbell
so they can go back downstairs and show the odd visitor
neo-classical architecture
period furniture
the views of what had been
long ago



Erik Fernández Pozo

Un nuevo día

Antes de abrir los ojos siente la luz sobre sus párpados. “Un día más, prometí que si despertaba lo haría”. Al lado de su cama, sobre la cómoda en la que guarda viejas postales, fotos de familia y ropa interior, está el vaso de plástico que contiene sus pastillas —para el dolor muscular, para la ansiedad, para la vejez— junto a uno de vidrio que contiene agua. Escucha a la enfermera acercarse. Aparece a su lado, joven y, por eso mismo, atractiva. “A ver, ¿cómo despertamos hoy?”. “Como siempre”, le dice, con una sonrisa. Ella frunce los labios, sonríe por un segundo y lo vigila mientras toma las pastillas. “¿Y qué desayunaremos hoy?”. “Su favorito”, responde la enfermera, mientras él piensa en una naranja, huevos sancochados y leche de almendras—el café, descafeinado, se lo darán por ser un día especial. Se levanta y la enfermera sacude su cama. Cuando la muchacha se va, él observa su habitación: un mueble grande con algunos libros; aferrándose a la pared, cuadros de madera con fotografías: su matrimonio; el viaje que terminó en una fonda con una buena trucha frita, su esposa, su hijo y él, sonriendo. Se sienta al borde de la cama, sus ojos revolotean entre las imágenes, su mente atrapada por varios recuerdos.

Su mirada va al fondo del cuarto: una maleta negra y grande, semejante a un ataúd, lo espera. Respira con rebeldía, peina sus ralos cabellos con los dedos y abre el cajón superior de su cómoda. Saca un sobre y, con cuidado, lo abre: ajena al tiempo, una muchacha sonríe a la cámara: no tiene más de dieciséis años; la foto es en blanco y negro. Su mirada se pierde en aquella muchacha: acaricia el cuello, los dientes, el cabello rizado azabache, la nariz desafiante, los párpados alegres. Un ruido sordo se escucha en el pasillo: alguien protesta, no quiere bañarse. Sale de su ensimis-

mamiento y sus ojos van hacia una fotografía colgada en la pared, la de su matrimonio. Su cabello era abundante en aquel entonces; sus bigotes, negrísimos; sus ojos, llenos de vida. No quiere mirar a su mujer mientras sostiene la fotografía de la muchacha. Se levanta de la cama con brusquedad y suelta un leve gemido cuando sus huesos truenan. La enfermera se detiene en el marco de la puerta y lo observa. Él sonríe e intenta guardar, sin mirar el sobre, la fotografía de la muchacha en sus manos, pero no acierta. Enrojece un poco, esquiva la mirada de la enfermera y se concentra en el sobre, pero sus dedos siguen temblando. La enfermera se acerca. "No, no es necesario", se obstina él, y consigue guardar la fotografía. La enfermera toma el sobre y lo guarda en la cómoda con una sonrisa. "Vamos", lo alienta, sin dejar de sonreír.

La vida comienza fuera de su habitación. Los sonidos se mezclan con olores diversos. El asilo, como siempre, desarrolla sus actividades con fuerza, lentitud y desesperación. Camina con decisión y cuidado, no están las cosas para romperse un tobillo. Un sonido se impone sobre los demás por un segundo: maullidos, chillidos casi humanos. Él recuerda que para hablar con ella debe sobrepasar a su gata, la eterna vigilante. Ella siempre fue así, amante de los animales. Ese rasgo no se perdió jamás. Mientras avanza por el corredor, puertas abiertas a derecha e izquierda, escucha las esperanzas, mentiras y desvaríos de sus compañeros de residencia: "Cree que no me doy cuenta, me roba"; a la izquierda: "En la trinchera por muchas horas y los malditos pasaron sobre mí"; de vuelta a la derecha: "Siempre me hablaba mal, no sabes ni abrir una lata de atún. Tanto tiempo juntos y me dejó sola. Dijo que no lo haría". Recuerda cuando atropellaron a un perro en el barrio: ella lo cargó, a pesar de que el perro intentó morderla. Recorrió tres kilómetros a pie y le dio lo poco que tenía encima al veterinario. El perro vivió, ella se quedó con él. Cuando se casó con Marcos y se mudaron, se lo llevó también. Solo pensar en Marcos le despierta una herida que nunca se cerró, a pesar de su matrimonio, a pesar de su hijo. Pero Marcos siguió el destino de la humanidad tres años antes en un accidente de coche y él lo prometió, es hoy, si despertaba sería hoy.

Cuando llega al final del pasillo, él escucha el silencio: los parientes no estarían allí sino hasta las diez de la mañana. Visitantes fantasmas, espejismos de vidas anteriores que ya no les pertene-

cían. A cada lado del pasillo, pinturas de aquellos residentes que explotaban un lado artístico en los talleres, como en una galería. La recuerda pintando cuando joven, su cabello rizado sobre sus hombros, su cabeza levemente a la izquierda, mordiéndose el labio inferior, concentrada. Aún recuerda la primera vez que la volvió a ver, tantos años después, sentada frente al caballete, en aquel lugar que está a punto de abandonar. Recuerda temblar, decirse que no era posible tanta coincidencia, tantos años después, tantos kilómetros después. Entonces el anciano que pintaba junto a ella tiró el pincel al piso, frustrado, y se fue. Él respiró hondo, caminó hacia la banca abandonada, su corazón latiendo de prisa, y la miró de reojo: aunque con arrugas, la misma nariz; los cabellos, grises, seguían cayendo en bucles sobre sus hombros. Pero los ojos seguían iguales, y se mordía el labio también, absorta. Más tarde, en la galería, pudo identificar su estilo de inmediato: los trazos eran fuertes; los colores, vivos. Ella pintó a su gata: la felina aparecía mirando hacia arriba, adorándola quizá, o tal vez esperando su alimento. Escucha que los ancianos siguen conversando con sus recuerdos. ¿Es así para él?

Mientras desciende por las escaleras, admite para sí que solo se culpó por un asunto en toda su vida. Aferra el pasamanos y baja un escalón a la vez. Piensa en el arrepentimiento. Creyó estar más allá de arrepentirse hasta que llegó al asilo o, como su hijo insiste en llamar, "la casa de reposo". No es por orgullo que no se arrepiente, es por practicidad. Los errores son parte del pasado irrecuperable. No importa qué tan arrepentido estés de algo, el momento ya pasó. Pero fue a partir de la última charla con su hijo que se le ocurrió: existe una manera de recuperar el tiempo, incluso en la vejez. O con mayor razón en esta. La segunda vez que la vio, ella estaba anclada en una mecedora, toda lana desde los pies hasta la cabeza gris y rizada. Se acercó sin pensarlo, pero un maullido amenazador lo detuvo en seco. La gata era vieja como ella, pero gruñona. Así también fue el perro que recogió: gruñón y protector con ella. Después de estudiarla con minuciosidad, se daría cuenta que la gata no la dejaba excepto para comer o visitar el jardín. En aquel momento, la gata alzó el lomo erizado y volvió a maullar. Él retrocedió, derrotado. Tenía dos obstáculos, y ambos se enraizaban en el miedo. Pensó que quizá era lo mejor, estaba siendo ridículo. Pero cada día que pasaba un fuego que creía extinto se

avivaba más. Debía cobrarse la deuda que adquirió cuando adolescente, enmendar el único arrepentimiento del que se acuerda incluso cuando duerme. Al fin, llega al primer piso, con la sensación de urgencia del que se despide. "Es hoy", vuelve a pensar, recuperando el aliento.

La enfermera va a su encuentro, lo lleva al comedor. Otros ancianos comen con tranquilidad, con paciencia; algunos necesitan ser alimentados por su enfermera. Él se sienta y la enfermera le sirve agua. Bebe a traguitos y se limpia el bigote. Hasta hace pocos años, su bigote lo hacía sentir orgulloso. Ahora es un conjunto de pelo hirsuto y gris que mantiene por terquedad. Otros ancianos ven televisión, juegan ludo o ajedrez, conversan o dormitan. Él espía con disimulo, pero ella no está allí. Debía estar en el jardín, tal vez observando la salida del sol. Ella despertaba más temprano que él y le encantaba el jardín. La gata tampoco está. Desde que la descubrió, hizo todo lo posible para mirarla sin que nadie se diera cuenta. Un mes después de verla por primera vez, coincidieron en la sala. Ella se levantó de la mecedora, la gata detrás; sus miradas coincidieron. Ella le sonrió por un segundo y le habló a la gata. La misma sonrisa, a pesar del desgaste del tiempo, que tiñó un par de dientes con sarro amarillento y derrotó a un incisivo, revestido de metal. Se mete a la boca puré de manzana junto con un pedazo de huevo y bebe un trago de leche de almendras. Aquella mano que apretaba su estómago cada vez que despertaba, desde que la reconoció, aflojaría hoy.

"¿Satisfecho?", pregunta la enfermera, en cuanto él termina de comer. "Satisfecho", repite él. "¿Y cuándo nos dejas?". Él sonríe, "Mañana, a menos que te cases conmigo". La enfermera ríe, le da una palmada coqueta en el dorso de la mano y le enseña un anillo con un pequeño brillante. "Felicidades, ¿cuándo será?". "A fin de año". La enfermera se queda en silencio unos segundos y lo mira a los ojos: "Te vamos a extrañar, pero estarás mejor con tu hijo. Siempre se está mejor en familia". Su garganta se cierra, pero hace un esfuerzo y sonríe otra vez. "Sí, es una oportunidad para llevarnos mejor". La enfermera le vuelve a dar una palmadita en la mano y se retira. Él la ve irse y da una mirada circular. Las enfermeras y el personal de cuidado están en sus quehaceres. Es un momento de libre circulación, pero de todos modos él se queda unos minutos sin hacer nada, no quiere levantar sospechas. Ella

es impredecible en ocasiones. Existían constantes, por supuesto: cada fin de mes recibía la visita de un hijo, y cada cuatro meses el hijo se repetía. Cada hijo traía dos hijos, en cada caso niño y niña, y llegaba con una mujer que debía ser la esposa. Los niños abrazaban a la anciana y repetían siempre la misma información. "Yo soy Giuliana, abue. Giu-lia-na, estuve aquí hace poco". "Mamá, este es Adolfo, ¿recuerdas el paseo que dimos el año pasado por tu cumpleaños?". "Te traje estas galletas, tus favoritas, mamá. No, papá murió hace tres años". Él siempre se mantuvo a distancia, temeroso de que lo reconocieran, hasta recordar que no tenían cómo saber de él, incluso si solo fue una anécdota. Memorizó estos detalles, pero el miedo sigue allí. A su edad, debe ir más allá del miedo al ridículo; comprende que la adolescencia puede llegar a ser una emoción, y las emociones no son limitadas por los años.

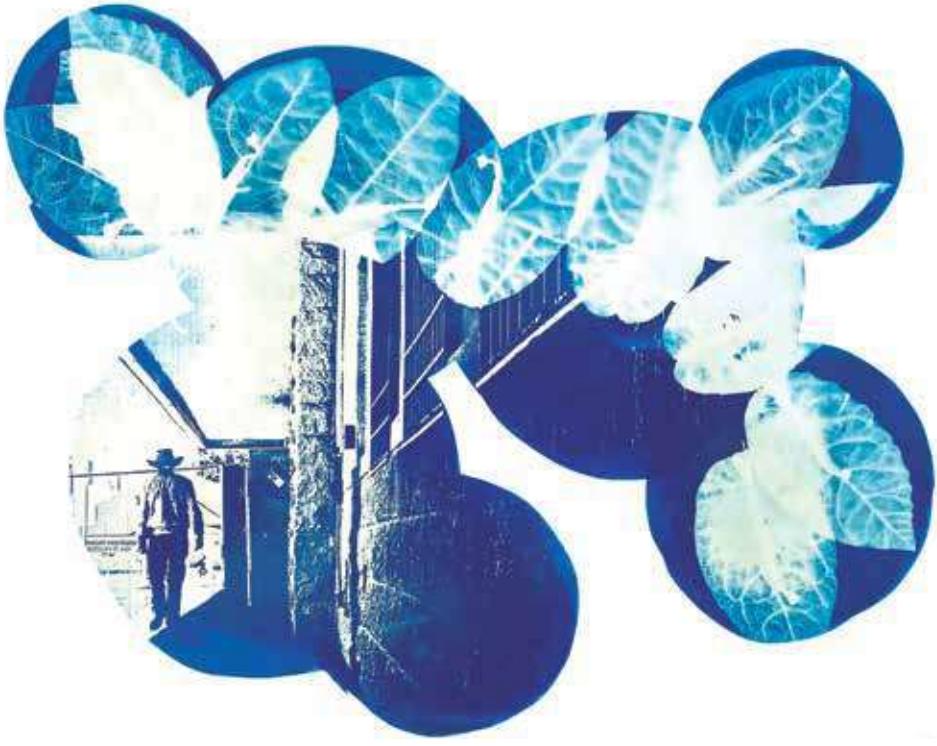
Respira hondo y se levanta. Si ella no está en el comedor, solo puede estar en la sala común o en el jardín. "El sueldo está ajustado, papá. No voy a poder seguir pagando esto. Además, tu psicólogo dice que ya superaste la crisis. Fabiana está más que contenta de tenerte en la casa, igual que Mauricio. Hace tiempo que no ves a tu nieto. ¿O estás muy contento de estar acá?". La decisión ya estaba tomada, la pregunta era un trámite. Si se sentía adolescente con ella, era un niño con su hijo: envejecer significa perder autonomía o cordura, se le ocurrió. Quizá por perder lo primero se pierde lo segundo. Pero todo era mejor al miedo que tiene a no despertar. Temor ausente en su juventud, presente en el comienzo de su matrimonio, hijo pequeño al que mantener, esposa que cuidar, desaparecido de nuevo cuando falleció su esposa. Y reapareció con ella, la mujer que desea encontrar hoy. Después de aceptar en silencio las palabras de su hijo, se le ocurrió. Antes de dormir, se arrodilló al borde de su cama, a pesar de toda una vida sin creer en un dios: "Dame la oportunidad de despertar. Si lo hago, hablaré con ella".

Y ella no está en la sala común. Por un momento teme escuchar el sonido de una ambulancia, pero sus ojos dan con la ventana y la descubren en el jardín. Ella descansa entre los arbustos, bajo una acacia y el sol matutino otoñal. Una enfermera la peina, parece decirle algo. Él quiere escuchar, pero no puede. Se arrepiente de ser viejo. Su pecho se cierra, su garganta está seca como lija, sus piernas son de hule. Siente un vahído, pero antes de ceder

sonríe, con un tirón de algo que solo puede ser la vergüenza de jugar al avergonzado. ¿Cómo esquivar a la enfermera? Esta, como manipulada por su deseo, se levanta de la banquita en la que estaba y camina hacia la sala, hacia él. Espera unos segundos, el sudor en su espalda pega su camisa. La enfermera entra y lo observa. "Buen día para salir al fresco, ¿no?", y le da unas palmaditas en el hombro. "Te vamos a extrañar". Él asiente y sale. Apenas traspasa el umbral, se da cuenta de que ella dormita. Su cabeza, sin embargo, apunta al cielo. ¿Miras al sol?, piensa, mientras camina hacia ella. El truco es mirarlo de lado, pero es más fácil hacerlo en el ocaso, cuando el sol ya no quema, como si envejeciera también. Ahora el sol está volviendo. ¿O tal vez es otro sol, una encarnación diferente? El sol nace y muere, brilla y quema como nadie al mediodía, y después muere, pero algo de él queda en la luna. Está de pie a su lado. De repente, se asusta: la gata. Pero esta, antes de que pueda reaccionar, da dos vueltas a sus piernas, restriega su cuerpo contra él y corre hacia la sala, en donde desaparece con rapidez. Él, bajo el sol que aparece por completo en aquella mañana fresca, húmeda, siente el hechizo: es hoy.

La respiración de ella es suave, despreocupada, contrasta con la suya. Intenta tragar saliva, pero su boca es un desierto. Toda ella emana calor, su aroma es lana y nostalgia. "Rosi, Rosi…", susurra con la voz más dulce que puede sacarse de la garganta, a pesar de lo rasposo de su tono, ese tono autoritario que siempre lo traiciona. Posa sobre el hombro de la anciana su mano y ve manchas, venas hinchadas, pero no se detiene. "Rosi…". Rocío abre los ojos. "¿Qué? ¿Qué, qué pasa? ¿Dónde está la Camucha? Hijita, Camucha". Quiere levantarse de la mecedora, pero él presiona con suavidad su hombro, haciendo el esfuerzo por controlar los gallos sin edad en su voz. "Rosi, soy Ramón, Ramón. ¿Te acuerdas?". Ella sigue mirando a lo lejos, espiando los rincones, hasta que sus ojos dan con él. Una sonrisa aparece en su rostro, tensándolo; sus ojos lo miden y sus dedos, temblorosos, se alzan hacia su bigote. "¿Ramón? ¿El hijo de don Santos?". "Ramón, Rosi, sí. Quería invitarte a bailar. Sé que dije que no iría, pero cambié de idea. Vamos a lo de Kike, Rosi, quiero ir contigo". Rocío susurra algo, mira de nuevo hacia el fondo del patio, pero esta vez no busca a la Camucha, sino algo perdido que asoma y promete un desenlace distinto. "Pero me ha invitado Marcos, Ramón. Y él me dice

que quiere ser mi novio". Ramón observa la sonrisa, reconoce el coqueteo, el momento que desperdició años atrás. "Vamos, Rosi, tu papá me dijo que no había problema, que tenía que regresarte máximo a la una. ¿Está bien? Me dijiste que si podía convencer a tu papá venías". Toma su mano esta vez y siente el calor de aquella palma y, algo que lo conmueve, sudor. Ella tiembla. "Marcos quiere casarse, Ramón", susurra ella. Ramón tiene lista la réplica. "Yo también quiero casarme, Rocío. Quiero que seas mi mujer. Pero ahora no hay tiempo, quiero bailar contigo, aunque sea una vez. Vamos, Rosi, ¿me vas a negar un baile?". Los ojos de Rocío lo miden, pero de repente se van hacia el fondo del patio, en un gesto de temor infantil. "Pero, ¿la Camucha? ¿Dónde está la Camucha?". "Camucha está bien, vamos, ¿un bolerito? Sé que te gustan". Y ella, con un suspiro, lo observa de nuevo y sonríe, una sonrisa que rejuvenece su rostro bajo el sol que borra las nubes. "Está bien, ¡pero eso no significa que he dicho sí a todo lo demás, ah! Vas a tener que hacer muchos méritos para que te prefiera al Marcos". Ramón le toma la otra mano, ayudándola a pararse de la silla. "Sí, Rosi, lo sé. Si los hubiera hecho antes… si los hubiera hecho. Pero lo voy a hacer, comenzando por el bolerito… los voy a hacer…".



nos ha sido dado:

la lengua que no dice
los ojos que no miran

para desvestirnos
el viento engendra
la noche blanca.

**

la realidad
es una casa
habitada por soledades

pura sombra
donde no crecen
los yuyos

el aire
tiene miedo de ser
una versión
de la memoria

en el umbral
solo tinieblas
inocentes
sin voz.

**

la palabra
caverna del fuego primitivo
apaga la noche
para desnudar la cicatriz.

al nombrar
transforma en luz
lo inabarcable.

**

el cuerpo
arraigado país
de ficciones

con mi sangre
proclama
los enigmas
del comienzo

niega
la pureza
de la materia.

**

un poema que empiece
"ahorcado con proverbios
en la cuenta regresiva de la fascinación"

no contiene la intensidad
de una cicatriz de bala en la rodilla
pero es otra manera
de amortiguar la caída.

**

la ruta nos traga
serpiente negra
que se incrusta
en el desierto

un par de autos
rompen los dominios
del viento

cueros de pumas
en los alambrados
embanderan
la propiedad privada.

Diego Rico

Locked Out, and Let Back In

It was unsure whether or not the government would shut down the bridges. Whatever was going to happen, Kiara wouldn't risk not being with her kids. My cousin explained her situation, asked if she could stay at my house, and thanked me for agreeing. She knew I would never say no.

Before the pandemic, I knew her kids and husband lived in El Paso, but she went back and forth between here and Juarez. I assumed it was part of her daily routine coming and going over the bridge. But we weren't close enough for me to know why. She trusted me enough to call me, but I knew when she got there, we still wouldn't look at each other's eyes for more than a split second. It's a lengthy affair looking into someone's eyes. You see everything they want to say and everything they're not.

She's my political cousin, not blood-related. There's a long story about that, but the short version is this. My grandmother on my father's side cried on the doorstep of my great-grandmother's neighbor until a Castañeda opened the door and picked her up. My grandmother's "brothers and sisters" spread out and started their family picture books as all families begin and end.

I was in the first grade when I had my first crush. My crush's mother and mine discovered on Valentine's Day who we were to each other, and so her crush on me abruptly ended while mine stayed intact like the hard candies I never liked on Valentine's Day.

The years went by, and our pine-cone-colored skin kept growing with our bones and bruises on the blacktop at school. One sixth-grade summer, there were plastic cups near the pool on the patio. The one sandal on my foot was wet. The other came off when I misstepped into the pool, running away. I walked bare-

foot, keeping up with Kiara, turning the corner, under the flickering yellow light in the back near the toolshed. The beer cracked open, the one we snuck away from our parents' cooler. We both looked over our shoulders and around the corner to check if anyone had followed.

After hearing our names yelled out, we ran away again. There wasn't any light to help me avoid stepping on the tiny rocks. But I stayed the course and saw her hair bounce into the air and disappear over the fence.

We came around the front and snuck back inside the house through the front door. Upstairs, in my bedroom, we squeezed underneath my bed. She smelled like bubble baths.

"You smell like cheeseburgers," she said.

I kissed her on the lips. Her breath stayed calm and easy, and she wet her lips with the layer of bubble gum chapstick I tasted. I tried to kiss her again, but she pushed me away. She ran from underneath the bed, her steps thumping through the walls, heading downstairs. A knot the size of my fist tied up my throat.

My parents and hers were in the kitchen downstairs. They looked at us, waiting for one of us to say something.

She yelled, "He tried to kiss me on the lips!"

I looked at my mom and my aunt.

"They're only political cousins after all," my aunt said, laughing. But that didn't save me from the flush of redness pulsating throughout my body. It didn't keep me from having my heart sink into my stomach, filled with soda and cheeseburgers.

Kiara stared at me from across the room for what felt like an eternity.

Our parents continued their party, and I wandered out to the backyard. She was sitting outside on a chaise lounge chair underneath a bright white light. The girl I was best friends with twenty minutes ago was gone. She looked at me and looked away- her eyes had built walls.

We accustomed ourselves to awkward glances and uncomfortable silences in school and parties for the rest of middle school and avoided each other in high school. I'm the cousin who kissed her and lied about wanting to kiss her cheek.

Twenty-nine years later, Kiara had grown a family of her own and was calling me for help. I wondered why I remembered everything about being a little kid with her and why I still hadn't forgotten.

She had asked me where I was. For whatever reason, I had lied and said I was at my home. But I was at the supermarket buying what I could find if the city decided to lock down the stores. I came out with a box of hamburger patties.

It started raining on my way back. The streets began collecting pools of water, and I hydroplaned over a few corners on my way home. I rushed out of the car and toward the front door when I realized I had locked my keys inside my car.

The secret spare keys were in the back, underneath a heavy potted plant. But after pulling nearly the entire garden apart, I couldn't find them. I damned myself and made my way to the front of the house, jumping over the fence.

Landing on the other side was Kiara.

She was wet all over, and the smell of the entire neighborhood lifted from decades ago. The palatable smell of gravel and grass surrounded her, and it filled my head with memories and my body with aches from grade-school injuries on the blacktop.

She was still beautiful. She couldn't not be attractive- not just to me, but to anyone. The more I tried to look at her eyes, the easier it seemed her eyes could study my face. I felt every twitch of my eyes, heard every stutter, and hid every half-smile, hiding my still crooked teeth.

I explained the circumstances, and she laughed to herself, making me feel all the more stupid, and all the more younger. She hugged me, and I rushed her underneath the house's eave. If she was bothered by the rain, locked outside, she didn't say anything. Instead, she went on talking about her growing worries. Not just about the pandemic but her husband.

"I haven't slept in the same room as him for a year now. We hardly talk."

"When you do talk, what do you talk about?"

"Nothing. I can't remember talking to him about anything except the kids."

"Do you think it can work out?"

"I'm not sure I want it to work out."

I settled on my side since the day I saw her.

At the end of a long-winded, nearly one-sided conversation, she asked me what the plan was to get into my house. I suggested the idea of breaking in through a window on the side.

She followed me to the back, where I found a rag towel. I braced myself at the side of my house with my knuckle wrapped up. But Kiara's giggle stopped me.

I turned around and saw her lift the spare key to her face.

"You said you were here when I called, liar," she said.

"Why didn't you say anything?"

"I like being outside when it rains."

I lowered my knuckle and took the keys from her fingers.

Inside, I gave her my parent's old room and let her make herself at home while I cooked lunch.

She came down, opened the freezer, and served herself a scoop of ice cream. For her, dessert came first, before the entree.

The main dish was hamburgers and fries. I picked up the plates and took them to the kitchen sink.

"Thank you," she said and kissed me on the cheek. "You've been such a great host. Do you need a break? "

"It doesn't feel like work."

"I need a break. Maybe two weeks locked out of everything won't be too bad, you know?"

"Unless we run out of cheeseburgers and toilet paper," I said and dried a plate with a kitchen towel before putting it in the rack. "Then we'll be in trouble."

"I love your house. So many memories. Where are you going to sleep? I've taken your bed."

"I'll be in my old room."

Her phone rang, and she stepped away. It was her husband. He needed to leave for the night to check on his father, who was sick at the hospital in Midland.

Kiara hung up and looked at me, saying, "I can't see him right now. Will you?"

I brought the young ones over. I don't see them often, but they know me by my first name. By the time we drove back, the weather had broken. Before twilight, the sun was up for long enough to make it a warm evening. After the kids exhausted themselves swimming and playing in the pool, the night was coming to an end.

Kiara took them to bed and tucked them in. She came down the stairs and into the kitchen and surprised me with a kiss.

She hugged me from behind and held on, "I miss this house."

"What are you going to do?"

"I thought I'd ask you the same."

"You can stay as long as you want. Mi casa es su casa."

"Thanks, cuz."

My heart skipped a beat.

"Do you have any popcorn?"

"Yes."

"Will you?"

She knew I could never say no.

After giving Kiara the popcorn, I put on a movie and sat on the one-person recliner.

"That looks comfy," she said.

"Are you cold?"

"Do you have a blanket?"

I returned from my bedroom, which was hers for the time being, with a sherpa throw blanket and gave it to her. She took it and pulled me next to her on the couch. She still smelled like bubble baths.

"You're not cold? This house is always freezing."

I got up to adjust the thermostat, but she pulled me back down.

"Leave it."

Not too long later, twenty minutes or so, she fell asleep with her head on my chest.

Her socks peeked from underneath the blanket.

I lifted her from the couch, as gently as doable, nudging her awake. On the way up, the stairs creaked. The carpet muffled the thuds of my steps toward my parent's old room. I laid her down, cozied her with a comforter, and left the room, closing the door behind me and locking it from the inside.

In my old bedroom, I stayed awake a while longer, long enough to see the light of the moon fade. Before I fell asleep, from down the hall, I heard the click of the doorknob. Kiara's steps didn't make a single sound, but I could feel her from inside my room. In the mind of my memory, I was seeing her tip-toe behind the plaster walls.

A gentle knock lifted me from bed.

"Are you awake?"

Justine Marie Hayes

The Moment

When you realize that
there will be no returning to the way things were
a lot of things can happen

an ocean churns in the gut

the weight of gravity
on the sea floor
falls upon the chest

The ticking of the clock speeds up:
the heartbeat
cannot be controlled.

Humans, unlike whales,
don't have to think about breathing.

until the racing heart
calls us to a steady rhythm
four – five – six –
repeat

and we learn to breathe
though our nose,
our mouth,
our chest,

for the first time.

Gerardo Lima

Las profundidades de la película

Laura me convenció de comprar la película. Yo no estaba tan seguro. Nos servirá para nuestro futuro proyecto. "Ya sabes lo que ha dicho Gema, es un found footage. Y, además, habla de la maldad". La crítica parecía haber convencido a mi colega, quien la miraba con una especie de expectación religiosa. Laura siguió diciéndome maravillas de la película que, por supuesto, jamás había visto. En ese momento me sentía embebido por la euforia, y además ella se veía muy hermosa. Así que fui tan idiota como para decirle que sí, que compraría la película. Después nos largamos al hotel a descansar un rato antes de dejarnos absorber por Gema y la cerveza canadiense.

Antes de trabajar en un proyecto creativo propio, había sido un académico frustrado. Mi investigación se centraba en ciertas narrativas del body horror que no bebían directamente de Cronenberg ni del Lynch más esperpéntico. Recién me habían publicado un artículo sobre películas bizarras japonesas que jugaban con artilugios físicos tentaculares, sin llegar a los excesos del hentai ni a los kaigu eiga. Para mi sorpresa, la mayoría de las producciones pertenecían al cine erótico japonés, con algunas excepciones como las de Katsuhito Ishii y su Funky Forest. Mi propósito para el doctorado era trabajar una tesis sobre *Possessor* de Brandon Cronenberg, relacionándola no con las películas de su padre, sino con el legado de Shinja Tsukamoto, de la primera *Tetsuo a Vital*. Como decía Laura, me había convertido en un friki de cuidado.

Cuando la conocí, ya me había comprado una estúpida cámara Super 8, porque deseaba estimular mis momentos creativos (en realidad no tenía demasiados) con escenas oníricas construidas en espacios abandonados. Además de las películas grotescas,

también disfrutaba del found footage, y Laura era especialista en ese estilo. Eso lo supe en una fiesta a la que nos invitaron, por separado, después de un festivalito que organizaron a partes iguales mi universidad y el gobierno del estado. A pesar de que no soy un hombre tímido, tampoco brillo por mi galantería ni por la sagacidad de mis comentarios. Sin embargo, al ver a Laura, me dejé arrastrar como un autómata necesitado de su combustible. Ni siquiera estoy seguro de haberle dicho "hola", tan sólo empecé a hablar de cine, y luego me callé, porque esperaba a que ella comenzara a hablar. Lo que importaba eran sus palabras.

Conocernos bien y confiar el uno en el otro nos llevó acaso dos semanas. Para armar, grabar y mandar a concurso un largometraje "experimental", necesitamos apenas cuatro meses más. Lo primero que reconocí en Laura, además de su belleza, sus ojos hermosos, su cintura breve y sus labios de fresa y de higo… quizá también pensaba en algo más, fue su talento. Me maravillé por lo rápida y eficaz que era al momento de diseñar un guión y trazar los encuadres adecuados para un filme que funcionaría a partes iguales dentro del campo "experimental" y en el terreno "ligeramente comercial", algo así como una película de culto.

Me mostró dos guiones que aún no habían encontrado productor. Los leí con atención, y confirmé que ella sabía cómo acorralar al espectador, encontrar ese momento culmen que podía terminar en un grito. Podía llevar al asistente, al testigo de su telaraña, a través de campos y paisajes tensos, fríos, algunos incluso helados, para después provocar una sensación de extrañeza total al elevar la temperatura. Me di cuenta de que no sólo era buena escribiendo e ideando la narrativa de una historia macabra, sino que tenía dotes visuales muy elevadas. La tesitura de sus planos se elevaba, y esto terminaba provocando una sensación extraña e incómoda, un "destemple" que sumía al espectador en lo que estaba por ocurrir. La dirección de la cámara y el guión al servicio del miedo. Y no exageraba.

Después de haber pasado incontables horas citando a teóricos del cine y estudiando planos de manera crítica, había decidido trabajar explorando creativamente los backrooms que poco a poco iba entendiendo y llevando a la luz desde las profundidades de mi mente. Tenía ya en mira algunas locaciones que podían servirme. Laura quiso ir a verlas también, y entonces todo cobró sentido:

haríamos juntos una película. Sería un found footage ligeramente extravagante. Incluso, en cierto momento, la película cobraría un linde ligottiano, pues decidimos contar la peculiar historia de un farmacéutico.

La trama: el personaje principal es un hombre cansado de pasar todo el día tras el mostrador de su decadente botica. Cierto día, cuando está pensando en cerrar su establecimiento decrépito, recibe la visita de una mujer muy atractiva, de curvas generosas, entallada en un conjunto rojo similar al usado por los aficionados del BSDM. Ella busca algo, un medicamento que, aunque no aparece ni mencionado ni en el guión ni en el encuadre, hace ruborizar al soporífero farmacéutico. Él le da algo que puede servirle para su… peculiar problema, y a cambio, ella le otorga un flyer para una función especial donde se presentará una película que, durante décadas, se pensó perdida. Esta obra pertenece a un archivo privado, así que el permiso ha sido concedido para una sola presentación… y nada más. Es decisión del hombre asistir o no.

Lo que la mujer le pide es… algo extraño, ¿algún tipo de droga? ¿Viagra?

Laura insistió en que no reveláramos ese pequeño detalle. La película debía estar plagada de secretos. ¿Para qué necesitaría viagra? ¿Acaso se sospecha algo de su vida… o de su condición?

La propuesta no era tan original, o al menos no del todo. Ya antes se han hecho películas donde se proyectan otras películas. Nuestra intención no era esa, sino construir a partir de las bases que ambos teníamos una propuesta sincera, caótica incluso. Lo que pasa después de que el farmacéutico se decidiera a abandonar, de cierta manera, su rutina, es su visita al lugar donde ocurrirá el evento. Cuando lo hace, el hombre descubre que el cine se encuentra en el sótano de un edificio derruido cerca del centro de su ciudad. No ve a nadie. Permanece indeciso, da vueltas por la calle sin encontrarse con nadie; se pregunta si debería volver. La cámara enfoca una hoja tirada en el suelo. Es el mismo flyer que le había dado la mujer hermosa, casi parece una provocación. El hombre entra, y baja unas escaleras infinitas que se detienen en descansillos donde puertas cerradas podrían conducir a habitaciones poco acogedoras. Cuando llega al final del camino, se encuentra con una puerta doble custodiada por dos hombres vestidos de traje, quienes de inmediato le dan la bienvenida a la función pri-

vada. El farmacéutico se sienta en la segunda fila, muy cerca de la pantalla, y entonces comienza la película: es un found footage que muestra los backrooms de su infancia, los abismos más oscuros y tenebrosos de su cabeza. La composición es asfixiante, utiliza tonos absolutos de negro, blanco, azul y rojo, como lo hiciera Elias Merhige en la vilipendiada, y al mismo tiempo amada, *Begotten*. El hombre no puede soportarlo, grita, grita y grita más fuerte, porque ve algo que brota de la pantalla, una sombra que emerge de los cuadros más oscuros, de las zonas que la cámara no alcanza a captar del todo. Y de pronto, el farmacéutico desaparece. Ha sido despedazado por una fuerza invisible. La cámara vuelve a la proyección: a cuadro, una sala derruida; no hay en ella más que detritus, basura dejada por sus antiguos habitantes. Las esquinas empiezan a vibrar, el suelo de la habitación, como si algo estuviera a punto de aparecer. El fondo va a negro, y luego vuelve, apenas en un parpadeo, donde se avistan casi de manera intuitiva, debido a la rapidez de la escena, pedazos de cuerpo ensangrentados: son los restos del farmacéutico.

Conseguir la financiación no fue tan complicado como había creído. Conseguimos a los actores, el permiso para grabar en las locaciones que habíamos seleccionado, y todo fue cayendo de manera abrupta frente a nosotros. No era una película de gran presupuesto ni mucho menos, pero no tenía planeado que lo hiciéramos tan rápido. La edición la hicimos los dos durante madrugadas que, a pesar de los esfuerzos, no nos parecieron infinitas. Antes de darnos cuenta de lo que hacíamos, ya la habíamos mandado a competición.

La obra, a pesar de su extrañeza, es hasta cierto punto convencional. El proceder de Laura, por cierto, también apuntaba hacia la filmación de estudio. Y no me refiero a la utilización de platós, sino a la respuesta creativa derivada de un largo proceso de investigación. Laura creía que lo que hacíamos no era original, pero sí retador. Utilizábamos los medios conocidos para entablar un escenario, una carpa de circo, que diera la bienvenida a todo tipo de personas extrañas, y de vez en cuando a algún despistado.

Laura no era una mujer oscura, y con esto me refiero a que no era mala. Aunque, ¿qué demonios significa eso? “Claro, oficial, ella es una chica mala”, “Ay, mamá, yo no sabía que era un hombre malo”, “Lo vi, lo vi, hermana, era una anciana malévola”.

Convenciones, todas para hablar de lo bizarro, de lo enfermo, e incluso de lo peligroso. Laura había leído como yo *"El Gran Dios Pan"* de Machen, y también solía preguntarse sobre la naturaleza verdadera del mal. Seguía la misma creencia que el autor galés: el mal no lo conocemos los humanos, nunca podríamos hacerlo. El mal es a-humano.

La primera presentación de *Backrooms*, como llamamos a nuestra película, se hizo en el Festival of Bizarre and Dark Fantasy de Morelia, y luego pasó por varios circuitos hasta llamar la atención de algunas distribuidoras internacionales. Pronto, teníamos un par de boletos de avión en nuestras manos y el campo canadiense abierto ante nuestro paso.

No nos presentábamos en el TIFF, pero era un festival canadiense de cine independiente y bizarro, y con eso bastaba. Además, encontrarnos con Gema fue casi una bendición para Laura, y lo era también para mí.

Gema era crítica de cine, y conocía ciertos círculos conformados por público exigente y esnob a partes iguales. Además, conocía algunos filmes extraños, y había uno que recuperaba cierta apreciación artística que la relacionaba, según Gema, con nuestra *Backrooms*. La película se llamaba, o al menos ese era su nombre provisional, *Las profundidades de la cinta* y, para saberlo de una vez, Gema no quería engañarnos, era una obra de tesis: lo que pretendía era manifestar la oscuridad que habita en toda película: los rincones que no son captados por la cámara pero que ahí están, espacios más mentales que construcciones de "la realidad", vaya jodida idea. Allí, nos dijo Gema, como si soltara una pequeña joya ríspida, puede encontrarse el mal.

El Festival terminó y regresamos a casa con el Mary Pickford Award para Laura, realmente se lo merecía, y una mención para el programa Discovery, además de más citas para otros festivales como el Ontario, otro de cine independiente organizado por la British Columbia, y también nos prometieron que podríamos, si todo salía bien, aspirar a llevar la película a Sitges. Laura y yo vivíamos el sueño.

Además de todos los contactos, las risas, y la conexión de un agente norteamericano que se enlazaría con la representante de Laura (hasta ese momento no tenía idea que ella tenía una), regresamos a México con un recibo por 26 dólares canadienses,

expedido, cómo no, por Gema. Pues, a pesar de mis reticencias, me había dejado embaucar y compré una copia de la dichosa *Las profundidades de la cinta*. Cuando le entregué los billetes, ya se le habían acabado, pero ella se encargaría de mandárnosla a México sin costo adicional, todo porque le habíamos caído muy bien y porque nuestro quehacer futuro prometía.

No vivíamos juntos, pero pasábamos mucho tiempo trabajando lado a lado, en la computadora o frente a los guiones que construíamos de a poco. Los días después de Canadá fueron un descanso, y en parte también una celebración. En un par de ocasiones me quedé a dormir con Laura, y en una de ellas la besé. Sabía que no debía hacerlo. Fue raro, como si hubiera acariciado a un muñeco. Estábamos en la sala, y bromeábamos sobre poner *Begotten* para quedarnos dormidos, y en una pausa me acerqué a ella. No es que no respondiera, es que lo hizo de manera "automática". Y al separarnos no me veía, parecía que pensaba en otra cosa. Quise irme de su casa, pero ella me dijo que me prepararía el sofá-cama, y luego se despidió y se fue a su cuarto. Se puso a ver una película porque yo podía escuchar gritos, subidones de música, y algunos otros efectos de sonido, pero yo ya estaba acostumbrado, y queriendo olvidar el beso, me quedé dormido.

La mañana pareció llegar con pasos lentos, mastodónticos, pues tuve la sensación de dormir diez u once horas, pero cuando empecé a espabilarme, Laura estaba parada en el medio de la sala con un paquete. Lo habían entregado esa mañana, me dijo. Vi la hora y descubrí que recién darían las ocho. ¿Entregan paquetes tan temprano? Mi pregunta pasó desapercibida; Laura procedió a desgarrar la bolsa con relleno de bolitas de plástico. Dentro venía un dvd y una nota sobre la prodigalidad de los archivos de Gema y su garantía de que tendríamos un rato perturbador. No tenía que regresar a casa temprano, así que me quedé mientras Laura ponía el disco en el reproductor y subía el volumen.

Era una versión no editada. La primera imagen era de unos niños jugando, con una toma pobre y de tonalidades desvaídas. Pocos minutos después todo se desenfocaba y entraba el plano de un edificio solitario, una iglesia, o algo parecido. Laura volteó a verme, y empezó a hablar. No con la voz acostumbrada, sino con

una más grave. Esto era lo que necesitábamos, dijo. Esta será la base desde la que erigiremos nuestro imperio. La película siguió reproduciéndose, y empecé a ver a lo que se refería Gema con la oscuridad en la orilla de la película, las sombras ocultas en los rincones menos accesibles. Laura parecía una mujer implorante, una rezandera. Luego se giró hacia mí, como si me rogara que yo también formara parte de esto. Era un error, lo sabía, pero estaba fascinado. ¿En serio era posible grabar la misma… *oscuridad*? En el rabillo de los ojos de Laura aparecieron manchas, sombras, La Sombra. Y entonces comprendí. Gema nos había vendido una verdadera joya. Ahora, lo importante era exhibirla en otros lugares, hacer que el gran público pudiera ver esto: la Tiniebla misma captada en película, tan plástica, tan suave, tan contagiosa. Tal vez, nuestro próximo proyecto tendría un final así de grandilocuente, donde captaríamos la esencia misma del abismo, no los detalles, sino el corazón de la maldad. Al público, lo sé, le encantará.

Joost Oomen

La oca en la luna

Traducción: Irene de la Torre Perell

En la cara oculta de la Luna nada una oca. O no, no nada una sola, nada un grupo de ocas en el lago del cráter de un meteorito. Las ocas son blancas, pero nadie repara en ello, porque la cara oculta de la Luna está sumida en la penumbra. La única luz que conocen las ocas viene de las estrellas. Estas están demasiado lejos como para ser soles enteros, así que, en todas sus vidas, las ocas solo ven destellos blancos estelares.

Aun así las ocas no son infelices en la oscuridad. Nadan, comen y se lavan a tientas. Los huevos eclosionan en las tinieblas y las crías de oca plumosas abandonan por primera vez la cálida camada que formaban con sus hermanos y hermanas sin haberse podido mirar nunca a los ojos.

Un día, una oca todavía joven no se choca contra un nido, ni contra otra oca, sino contra el borde del agua. Todas las ocas a las que les había sucedido esto antes, en los millones de años de existencia de la Luna, se dieron la vuelta enseguida para volverse a deslizar en el espejo. Pero esta oca no. En lugar de dar media vuelta, toca el fondo con sus patas anaranjadas y sale del agua contoneándose. Se sacude el cuerpo, dejando caer gotitas de agua sobre el polvo gris reseco. La oca blanca sube por la pared del cráter, las plumas de su cola danzan de izquierda a derecha en la oscuridad.

Ante la oca se encuentra la superficie lunar, que está llena de rocas, hoyos, cañones profundos, campos gravitatorios, pendientes que suben a lo largo de kilómetros seguidos y vuelven a bajar de golpe, pero la oca no puede verlo, porque todo está oscuro.

Reina un silencio absoluto. Aquellos espacios del cerebro de la oca destinados a cosas como el frío, la humedad y el resto de las

ocas, ahora se llenan de aspereza, piedra y algo que todavía no entiende bien. Eso que aún no entiende se parece a las estrellas que tiene sobre ella, pero, en lugar de tenerlo encima, lo ve de frente cuando deja la cabeza erguida, y es una línea en lugar de un punto. Es el horizonte. En el horizonte amanece la luz.

Ni siquiera una oca en la Luna puede vivir del aire, y le entra sed durante el paseo. Se le ha abierto ligeramente el pico naranja. No hay distinción entre el día y la noche, ninguna señal de descanso, por lo que sigue caminando hacia el reborde luminoso. La línea brilla, se convierte en una barra de luz, se convierte en un cielo lleno de luz. A continuación, la oca rebasa el horizonte y, por primera vez, se posa sobre la arena lunar totalmente inundada por el sol.

La oca en la Luna observa con ojos negros, redondos y brillantes la esfera verde y azul del cielo. Parece tenerla muy cerca, y algo en su interior le dice que debería volar hacia ella. En lugar de eso, anida en un hoyo llano de la arena, lo suficientemente grande como para albergar a una oca cansada y sedienta tras un largo paseo. Dobla las patas bajo el cuerpo y permanece con la mirada hacia arriba. El paseo le ha dejado manchas grises sobre las plumas blancas.

Con cuidado y voz ronca le dice *cuac* a la Tierra.

En ese momento me ve. Me arrodillo a un centenar de metros del montículo de arena lunar con la que he cubierto mi iglú hinchable para protegerlo del viento solar. Subo la cabeza, la luz del sol se refleja en mi visera, pero ella no se altera por mi presencia. No trata de escapar ni de salir volando. Se queda quieta en el agujero.

Me levanto. Pausadamente, con la máxima cautela, camino hacia ella. No llevo ningún trozo de pan encima, pero aun así extiendo la mano, como se hace con un gato al que invitas a acostumbrarse a tus olores. Ella cierra un momento los ojos y luego los vuelve a abrir, como si dormitara. Sus plumas blancas son más blancas que el sol. Me arrodillo a su lado en la arena y, con gran lentitud, muevo la mano derecha enguantada justo por encima de su cabeza. Alargo el dedo índice e intento acariciarla, pero cada vez que casi alcanzo sus plumas ella esconde la cabeza entre los hombros.

Poco después del Big Bang, todo el universo (que entonces, por un breve momento, no era más grande que una pelota de tenis) habría olido a frambuesa y a ron, y probablemente todavía lo hace en el centro de nuestra galaxia. Los astronautas de las misiones de Apolo han declarado que la Luna huele a pólvora, y los astronautas posteriores, que entraron y salieron de la Estación Espacial Internacional en trajes blancos ingrávidos, volvieron con historias de un espacio con aroma a nueces y almendras. El astronauta más mayor que ha pisado el espacio, John Glenn, cultivó una rosa a bordo de su transbordador espacial, para después, en casa, convertirla en un perfume. Llevo un forro desechable en el traje que me protege los pulmones. Oigo el susurro monótono de la radio de mi casco.

Me siento junto a la oca en la arena lunar. Giro la anilla de aluminio de mi muñeca derecha para quitarme el guante. Siento un hormigueo en la mano cuando el aire del interior del guante se entremezcla con el del exterior, noto que la piel se me tensa, pero enseguida se desvanece esa sensación. Dejo caer el guante blanco al suelo y llevo la mano hacia la cabeza de la oca. Ya no la aparta. Se deja acariciar.

La subo a mi regazo, es mucho más ligera de lo que esperaba, y su brillante plumaje blanco le da a mi traje un aspecto gris y gastado en la zona de los muslos. Respira algo agitada, le devuelvo la calma acariciándole el cuerpo.

La oca y yo observamos juntos la Tierra sobre nosotros. Permanecemos dos horas sentados, quizá más. Tengo los dedos calientes entre sus plumas.

Brilla el sol.

Agradecemos a Carmen Estirado, de *La gran belleza* (Madrid, España), por habernos proporcionado este material como parte de un convenio de colaboración entre revistas.

Authors / Autoras

Alana de Hinojosa is a PhD Candidate in Chicana/o and Central American studies at UCLA.

Richard Krohn (Newark, USA, 1949) has lived in the East, and in Panama and Costa Rica. He currently teaches Economics and Medical Spanish at Moravian University in Bethlehem, PA. His more recent poetry has appeared frequently in Tar River, Poet Lore, Southern Poetry Review, I-70, *Concho River Review, and Rattle.*

Tito Leite (Aurora, Brasil, 1980) es autor de los poemarios *Digitais do caos* (Selo edith, 2016) y *Aurora de cedro* (7letras, 2019) y de la novela *Dilúvio das almas* (Todavia, 2022). Es curador de la revista *Gueto.*

Manuel Barrós (Lima, 1993) es sociólogo, gestor, investigador y traductor. Con Óscar Limache, ha publicado las traducciones *Doze noturnos da Holanda / Doce nocturnos de Holanda*, de Cecília Meireles, y *Na pata do cavalo há sete abismos / En la pata del caballo hay siete abismos*, de Clarissa Macedo.

Mara Pastor (San Juan, 1980) es poeta, editora y profesora de literatura. Algunos de sus libros de poesía son *Alabalacera, Poemas para fomentar el turismo* y *Falsa heladería,* así como los poemarios bilingües *Children of Another Hour* (traducido por Noel Black), y *As Though the Wound Heard* (traducido por María José Giménez). Ha sido traducida al inglés, portugués, árabe y polaco.

Matt Edwards (Idaho, USA) studied English at Boise State University and devoted himself to teaching high school English in the Boise area since 2006. He writes fiction and poetry, mostly

about gods and fathers and good, strong drinks. He is currently studying for his MFA in Creative Writing at UTEP.

Ana Cagnoni (Buenos Aires, 1977) es una poeta que reside entre Massachusetts y Buenos Aires. Autora de los poemarios *Con su debida calma y Media, extrema razón* y *Hoteles infinitos*, también ha publicado poemas en *Acentos Review.* Actualmente estudia el MFA en Creación Literaria en UTEP.

Daniel Jerez es un escritor independiente radicado en Caracas. Trabaja como ghostwriter y redactor publicitario.

Ana Karen Degollado (Ciudad de México, 1992) estudió Filosofía en la UNAM y Etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es parte del comité editorial de la revista digital *Vérité*. Forma parte de la generación 2022 de la residencia literaria Under The Volcano (Tepoztlán, México). gnomodedesierto.medium.com

Claudia Santiago (Ciudad de México, 1991) estudió Antropología Social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y cursa la licenciatura de Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Se dedica a la promoción de la lectura, es entusiasta de la investigación cualitativa y escribe sobre la vida que observa.

Iliana Pichardo Urrutia (Salt Lake City, Estados Unidos, 1980) es escritora y guionista de cine y televisión, egresada del Diplomado de la Escuela de Escritores SOGEM. Es cofundadora de Buñuelos Comunidad Creativa, un colectivo que desarrolla, produce y difunde proyectos transmedia. Actualmente estudia el MFA en Creación Literaria en UTEP.

Corbett Buchly's poetry has appeared in *Barrow Street, The Interpreter's House, North Dakota Quarterly* and *Dream Catcher.* He is an alumnus of Texas Christian University and the Professional Writing Masters program at the University of Southern California. You can find him online at buchly.com.

Claudia Morales (Cintalapa, México, 1988) escritora ganadora del Premio Rosario Castellanos de Novela Corta. Becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en Narrativa en 2015 y del 2016-2018 de la fundación Fullbright. Ha publicado el libro de ficción *Hospitalidad* en 2014 y la novela *No habrá Retorno* en 2015.

Daniel Zeiders is a graduate of Oklahoma State University and currently lives in Dallas, Texas.

Erik Fernández Pozo (Lima, 1985) estudió Literatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Publicó el libro de cuentos *Non Serviam* en 2017. Actualmente estudia el MFA en Creación Literaria en UTEP.

David González (Buenos Aires, 1979) es un poeta radicado en Viedma. Ha publicado los poemarios *11, 40° 63°* y *Cuero de Puma*. Es miembro de los colectivos Paralelo 40, 11+4, Escénica Teatro en Territorio y Ojos de Perro. Ha participado en diversas antologías poéticas, ferias del libro y eventos culturales de Argentina.

Diego Rico is a graduate of the MFA in Creative Writing at UTEP. He lives in El Paso.

Justine Marie Hayes is a poet and current student in the Online MFA in Creative Writing at UTEP. Originally from Southern California, she received her Bachelor of Communication Arts from California Baptist University. She currently lives in Malawi with her family where she is a birth doula, homeschools her children, and writes for Namikango Mission.

Gerardo Lima (Tlaxcala, México, 1988) es escritor de terror, ganador del Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con el libro *Cosmos Nocturno*. Ha sido becario del PECDA y del FONCA para novela y cuento y su libro más reciente es *Megaloceros*.

2020 Bilingual Creative Writing Awards
Departamento de Escritura Creativa
de la Universidad de Texas en El Paso

El crucial año 2020 dejó en claro que, durante los momentos de mayor crisis, la creatividad despunta a pesar de todo. Si bien el mundo se sumió en un encierro extremo, los escritores seguimos captando los movimientos y fluctuaciones de la sociedad que nos rodea y de nuestras propias vivencias, porque no existe cuarentena posible o cerco determinado para las palabras y los sueños. Como la trágica y serena melodía de *Elegie*, interpretada por Rachmaninoff, la vida seguía fluyendo y con ella las historias y devenires, las caídas y resurrecciones. Enhorabuena.

El Departamento de Creative Writing de la Universidad de Texas en El Paso convocó en el 2020 a un concurso literario en las categorías de poesía, ficción y no ficción. A continuación, presentamos la segunda y última selección de textos premiados.

María Isabel Pachón Varón

El cuarto de atrás

I

Me acuerdo de levantarme una noche y verla sentada al lado de la nevera, en el banquito que mi madre usaba para alcanzar los gabinetes más altos. La cocina estaba a oscuras. Una luz azul iluminaba su nariz puntiaguda. No nos dijimos nada, creo. A esas horas, yo ya tendría que haber estado durmiendo, y ella, escondida en su cuarto. En ese entonces, todas las casas de bien de Bogotá tenían un cuarto de servicio: una cama diminuta de cuatro por tres metros cuadrados.

Desde esa noche, se acabaron mis expediciones nocturnas a la cocina. Estaba convencida de que Rosalba era una bruja. En el libro de Roald Dahl que estaba leyendo para el colegio, las brujas usaban peluca para esconder su calvicie y no tenían dedos en los pies. Rosalba no usaba peluca, pero tenía el pelo muy corto. Yo nunca había visto a una mujer con el pelo tan corto. Discutí la teoría con mis amigas. Ellas dijeron que no era posible porque las brujas tenían clase, como nuestras madres. Yo no encontraba ninguna prueba contundente de que Rosalba no tuviera clase. Mi hermana sí me creyó. Las dos nos unimos en una cacería para verle los pies.

Nunca llegamos a descubrirlo. Un día el baño se tapó y el plomero le dijo a Rosalba que había encontrado huesos de pollo en las tuberías. Nosotras envolvíamos la comida que ella nos preparaba en servilletas y la tirábamos al inodoro. No era que no nos gustara como cocinaba, sino que teníamos miedo de que nos envenenara. Ella le contó a mi padre y le dijo que nosotras éramos unas malcriadas. Él la echó de la casa a gritos.

II

Canto con sentimiento esos versos de Shakira que dicen: "Y qué voy a hacer con mi despiste selectivo y con mi sueño frustrado de aprender a cocinar". Soy inútil. Lo sabía antes de la cuarentena, pero ahora no tengo la excusa del tiempo. Se me rompen las yemas de los huevos, se me vencen los alimentos, quemo hasta una tortilla, mis compañeras de apartamento se quejan de que me quedan mal lavados los platos, la cama, arrugada, y de que entro en crisis cada vez que me toca ir a comprar utensilios de aseo.

Cambiaría mi carrera de pregrado por aprender a lavar un baño. Bueno, no. Eso no es cierto. Es una exageración. Pero sí me vendrían bien un poco de habilidades prácticas en este momento. De qué me sirve saber construir silogismos aristotélicos cuando estoy encerrada en mi casa y se va a acabar el mundo.

1. Todos los lácteos son perecederos.
2. Todos los quesos son lácteos.
3. Por lo tanto, ya debería botar ese queso cheddar que lleva semanas en la nevera.

La verdad, lo de saber construir silogismos tampoco me servía fuera del encierro.

III

Antes de Rosalba fue Elvia, la primera. En un cumpleaños me regaló un muñeco moldeable morado de globo y harina. Fue mi regalo favorito. Le ganó hasta a la Barbie patinadora.

Una vez me equivoqué y le dije "mamá" en vez de "Elvia", y mi mamá escuchó y se puso bravísima con las dos. No sé si esto sí pasó o si le copié el recuerdo a un personaje de una película.

Elvia iba con nosotras a la piscina cuando mis papás se quedaban todo el día jugando golf. No tenía permitido meterse, sino que tenía que quedarse sentada en una banca con las otras empleadas: *Estimados socios y beneficiarios, les recordamos amablemente que las muchachas del servicio y las niñeras no pueden utilizar las áreas de recreación, solo pueden hacer uso del comedor cuando estén acompañando a un socio titular, su cónyuge o sus hijos y deben portar siempre el uniforme.*

Gracias.

La administración.

IV

En *El desacuerdo*, Jaques Rancière sostiene que toda desigualdad funciona siempre sobre una igualdad de base. En una distribución de lo sensible en el que los cuerpos se repartieron entre seres parlantes, cuya palabra no es escuchada como discurso sino como ruido, y seres que hablan y dominan la palabra, siempre es posible verificar la igualdad. Los que no poseen la palabra, obedecen a ella y esto quiere decir que la entienden. Para explicar esto, Rancière acude a un relato de Tito Livio sobre la sucesión de los plebeyos en el monte Aventino. Cuando Melenio Agripa, enviado de los patricios, narró en Aventino su apólogo acerca de la desigualdad necesaria entre la plebe y los patricios, los plebeyos lo escucharon cortésmente, le agradecieron y le pidieron un tratado. Al comprender el apólogo y ejecutar una serie de actos verbales que vinculaban la vida de sus cuerpos a palabras y a usos de las palabras, los plebeyos transgredieron el orden de la ciudad pues, para los patricios, los plebeyos estaban privados de la palabra. Al hablar como los patricios, los plebeyos hicieron efectiva la igualdad y demostraron que la dominación de los patricios no tiene otro fundamento que la contingencia de todo orden social.

Tanta insistencia en el uniforme no tiene tanto que ver con la etiqueta, sino con el temor a que las empleadas del servicio se hagan pasar por socias, y así, desestabilicen el orden. ¿Si no es por el uniforme cómo más las vamos a diferenciar?

V

Milena era muy joven. Parecía que tenía la misma edad de mi prima Patricia, que iba en décimo grado. No duró mucho.

Un viernes en la noche salimos en carro a la finca en Girardot. Cuando llegamos, mi padre cargó el celular y encontró un montón de llamadas perdidas. Lo llamaban para avisarle que se habían metido ladrones al apartamento. Nos tocó devolvernos. Lloré todo el camino de vuelta pensando que seguro se habían robado mi Walkman, que para mí era el objeto más valioso de toda la casa.

—¿Se metió la guerrilla?

—La guerrilla no, amor, los ladrones.

Yo había aprendido a tenerle miedo a la guerrilla, no a los ladrones. En las noticias del mediodía hablaban siempre de las pescas milagrosas.

Llegamos al apartamento a la madrugada. Salí corriendo a mi cuarto para comprobar que mi Walkman seguía en la mesa de noche. Milena contaba la historia mientras se limpiaba las lágrimas con las mangas del uniforme: eran dos hombres, iban vestidos de negro, su cara tapada con pañoletas verdes, la amordazaron con las medias veladas de mi madre y amenazaron con dispararle a Pistacho, nuestro perro. Yo, escondida detrás de la puerta de la cocina, intentaba capturar todos los detalles para después reproducirlos en el recreo del colegio. Cuando le conté la historia a mis amigas le agregué un par de detalles para hacerla más dramática. Me inventé que uno de ellos era cojo y que en realidad no habían ido a robarnos, sino a sacarle información a Milena.

—¿Información sobre qué?

—No les puedo decir. Es secreto.

Mi madre decidió que lo mejor era firmar la carta de renuncia de Milena, así no le iban abrir una investigación.

VI

Una empleada doméstica gana en Colombia el salario mínimo: ochocientos veintiocho mil pesos mensuales, que equivalen a doscientos doce dólares.

VII

Con Mercedes veíamos *Lo que la vida me robó* a escondidas. A mi madre no le gustaba que viéramos televisión y mucho menos novelas. El portero nos llamaba por el citófono para avisarnos que ya estaba parqueando el carro y nosotras apagábamos y nos íbamos corriendo al cuarto a hacer tareas o algo. A veces nos quedábamos a la mitad de un episodio y nos tocaba esperar hasta el resumen del día siguiente para saber qué había pasado. Mi hermana quería que Montserrat se quedara con Sebastián de Icaza, su prometido de toda la vida, y Mercedes y yo queríamos que se escapara con José Luis, el militar.

Mercedes nos avisó primero a nosotras que iba a renunciar. Jugamos a hacer un juicio falso para convencerla de que no se fuera. La grapadora sirvió de mallete, yo de abogada, y mi hermana, de jueza. El veredicto fue que se quedara, pero ella no lo cumplió. Nos traicionó.

Oí a mi madre decirle por teléfono a mi abuela que la señora del aseo del edificio le había dicho que una amiga le había dicho que Mercedes se había ido de mula. En ese momento yo no sabía lo que eso significaba. Lo consulté con mi hermana y ella me dijo que seguro yo había oído mal y que se referían a que se había ido en mula.

—¿Pero a dónde?

—No sé. Ya vendrá otra.

VIII

Vinieron muchas. El año en el que se fue Mercedes, teníamos una por mes. Mi madre le encontraba un pero a cada una: que cocina sin sal, que cocina con mucha sal, que es muy callada, que es muy metida, que creo que me está robando el maquillaje (era mi hermana la que le robaba el maquillaje), que tiene mala energía, que se la pasa todo el día jugando con el perro, que nunca saca a pasear al perro, que huele como raro, que no sabe limpiar las porcelanas. Se volvió su único tema de conversación. "Qué difícil es encontrar una buena muchacha interna hoy en día", se quejaba siempre. Hace no mucho, en la universidad, oí a unas estudiantes quejarse de lo mismo.

IX

En mis últimos años he hecho lo posible por no convertirme en una señora, por no olvidar que al lado mío existe alguien.

X

Durante las elecciones del 2018, yo no podía hablar con nadie. Para mis amigos de la universidad soy muy de derecha, para mis amigos del colegio y para mi familia, muy de izquierda. Además,

los buenos modales dictan que hay que evitar hablar de política. De política es lo único de lo que yo quiero hablar.

Esperaba con ansias que llegara el almuerzo para poder hablar con María del Pilar. Yo me sentaba en el comedor, ella en el mesón de la cocina. Discutíamos sobre los debates y sobre las propuestas de los candidatos. Quiero pensar que el éxito de la interlocución no tenía nada que ver con mi posición de poder.

—Señorita, por favor no le diga a su mamá que voy a votar por Petro.

—Yo no le digo si tú tampoco le dices que yo también voy a votar por Petro.

Por lo menos ella no estaba traicionando a su clase. Al final, no importó. Ganó Iván Duque. En Colombia siempre ha ganado la derecha.

XI

Fui a ver *Parasite* con un amigo. Los dos sufrimos. No comentamos nada cuando salimos de la sala de cine. Hace unos días, después de tomarnos unas cervezas, lo hablamos. Él vio sus deseos y sus angustias en el hijo mayor de la familia Kim. La familia Parks, la de los buenos patrones, despertó en mí una culpa ajena y propia. En ellos vi mi pasado y un futuro que no quiero que se haga realidad.

XII

Llamo a mis papás para preguntarles por la situación de María del Pilar con todo esto de la pandemia.

—¿Le siguen pagando?

—No, pues no está yendo.

—…

—¿Y cómo está?

—Ni idea ¿Por?

—Por nada, para un texto.

—¿De qué?

—No les puedo decir. Es secreto.

Gustavo Enríquez

Poems

the wasp eater

i wonder
after your memory
watch it meander
in the air like a bird
let it slip across tree branches climb
the length of full-throated similes
as if you were
a lyric more pronounced in song
what were those
paper wasps
i murdered today
folded in
half hearted annotations like your love
letters left in borrowed books
or empty paper
combs abandoned pews
my fleeting cries from these
nihilating places
what we need now
are dimensions
time and space
to prey upon
they're there where

it's safe
to sing me to sleep
to perch on my tongue
to recite your dreams to
recall the mocking
birds that keeps me
up at night

you wasp eater
what would you
hide within

us their
empty hands

have i forgotten
something i can no longer recall
nothing so much
as this my last act of love?

"There were water stops in Texas, bunches of green[…] In El Paso they pulled our traincar out and the train went on. I [...] slept in the park about two blocks from the hotel. I was awakened by the roaring of alligators, one in particular. I could see 4 or 5 alligators in the pond, and perhaps there were more. There were two sailors dressed in their whites. One sailor was in the pond, drunk, pulling at the tail of an alligator. The alligator was angry but slow and could not turn its neck enough to get at the sailor. The other sailor stood on the shore, laughing, with a young girl. Then while the sailor in the pond was still fighting the alligator, the other sailor and the girl walked away. I turned over and slept."

–*Love It Or Leave It,* Charles Bukowski

Love It, Or Leave It revisited

i'd sit at the bar with nothing
but that old alligator
feeling. the sort you read about
in Bukowski. a domesticated creature
of habitat. run aground
in search of fresh fire water

what was it you saw that night
roaring at the center of chuco town
Bukowski? a pond
or was it a young mexican
boy all dressed in white?

you'd never seen
such beautiful eyes.
peering into your ugly yankee face
with whiskey parched lips
like scales and a mouth
full of empty promises

poems comprised of the dead
or your you typed up
those ungrateful women written
with more cold blood
in the heart than blue birds
to remind us that
the only thing of value we keep
between our legs is a human body

go drown yourself in their need
Bukowski i want to tell you all
about your country
of bridges like a dying man's throat
choked with foreign objects
NAFTA beers gringos maquilas

while we want
for nothing but
one another
your luck is about to change
Bukowski angry but slow burning
in water drowning in flame

a table for two

you'll arrange a bowl full of hummingbirds
upon an empty plate
set aside like a mirror
as i slice limes for the two of us
royal blushing cabbage
a low hiss...
emanates from your frying pan
the air is consumed
by savoya and chopped cilantro
egg yolks bloom atop mouthfuls of rancheros
steaming pesola

a part
of me sees you in everything
occupying vacant chairs
the folds of floral drapes
those spaces in between i note
the horizontal scars
that have healed
across either ends of your wrists
as you serve us
the whole is devoured by eager mouths

gracias i cry
to take my mother tongue
as tribute peel the veneer
from my cruel coward's heart into rinds
what fruit remains

is for you always for you
place these upon your brujas' altar
to watch over us as you sleep

i will rise from your bed
taking care to wash my hands
in the dark
rinse the taste of your sex from my mouth
then as i lather between my legs
i wonder
if i am now infected–
will i thank you for that sweet offering as well?

all manner of possession

possession /pəˈzɛʃ(ə)n/ n. 1. The act or fact of possessing.
lend me your voice, i tell you:
"house me within yourself
i'll bear this place as an unspoken syllable."
2. Law. Actual holding or occupancy, either with or without rights of ownership
he scrambles
awake
body splintered
clawing at an i-shaped knot
in "his" floor
the hardwood secret to aging
swells shut.
3. The state or condition of being dominated by an evil spirit, property or estate.
i gather dust in there air vents
speak to parallel cross beams
empty halls held together
by plywood ghosts
popcorn ceilings grown discolored
these resemble my parents' faces.
4. Domination or obsession by a feeling or idea
star light through shuttered windows
the invisible lines between properties
a room overlooking the garden
these resemble my parents faces.
5. Control over oneself, one's mind, etc.
in our kitchen

my heart beat mirrors the call of a bird
(outside)
it too is felt in the throat.
chest heaving
(you've taken too much)
stoned midafternoon
with the weight of seconds
sung gay at a frightening rate
(they won't be home for hours)
pacing square footed
the girl is gone
my pockets empty
but for the phone
they gave me
(call to them. tell the truth of yourself)

6. The feeling or idea itself

my colorlessness crowds these walls like fresh paint
confining
us i wish never to be too far from your thoughts
would that i could place my ear upon the door of you
and never hear the sounds myself within.

Origin of possession - [1300-50; ME < L possessiō occupancy, act of occupying = posed-, s. of possidēre do you have in one's control, occupy (and posidere to seize upon) (pots-, akin to posse to be able + -sidēre, comb. form of sedēre to SIT; cf. HOST) + -tiō -TION]*

not always but often not always but often

do i imagine
what it must have meant
to be john lennon
to raise my
fore (middle) finger
in peace
and then my fist to a woman

not always but often
a cloud will capture my imagination
misshapen as tio tony's cancer
reflective and tepid
shallow as a pool of dark water

not always but often
will i ponder how
the president can insist
that there's no there there
there is(n't)

not always but often
i wonder when
it will all catch up with me
what it had meant to have held you once
or twice
about the time you turned to me in bed
asked me to tell you a secret
and i said:

“my father raised a coward.”
not always but often
i want to cry
to tell the story of a man
who lived and died
in no particular way
as people do
content at the thought
of our retelling

Kamille Montoya

When Everything Stopped Glowing

I remember the hospital lights glowed in a way that made my head hurt. The lights made the world it lit up look a sickish yellow. It's like they embodied the way you feel at a hospital in its light. It's like they didn't want you there and showed you with its light. But I had to be there and endure that vomit colored hue for the fifteen days that my sister laid on the itchy hospital bed. The first night she was there our grandma started to crochet a blanket, *It would help her fall asleep easier at night*, grandma said. Itza had the blanket in the shape of an eight-pointed star by the third morning she woke up. The blanket gleamed because of the dust that lingered on Itza from work - at the time, and still, I couldn't remember a time before when the world around me wasn't glowing.

My whole life has been filled with days clouded with pain and tears - Itza remembers more than I do, she tells me of a time when I was about seven years old and we were living across the fence from El Paso with mom and dad. I remember loud noises, my cousin Manny and playing with his kickball that he took from school, and so much stinging. Itza remembers dad running towards the officers that shot towards the crowd that protested a curtain of steel, and Manny running towards his ball that was rolling and following the protestors. She remembers mom falling over dad covered in blood - they kept shooting, she said. Itza remembers my scream and a thousand scorpions coming out of the ground. I remember stinging and my dreams of the sun, my dad and mom in the desert, they drank from bottles that looked like bones. They glittered like church on Sundays when stained glass interrupted the sun so everyone and everything turned different shades of yellow, red, blue, green. We sat where mom and dad

blossomed a high sky blue and a soft honey gold. I woke up three days after.

The worst day that held the most pain, there was an owl in the window of the hospital room Itza was assigned in.

The dark feathered creature stared at me with no sign of fright or confusion; it was looking for me. I walked towards it, walking past Itza, eyes glued on the bird. The tunnel vision encased me and the owl in a tiny room of the world where nothing else mattered, I listened to its whisper: *It is not wise to put a basket on your head as you will be eaten by a dog*. With that, the owl flew and glowed in the distance and seemed to remain painted in the sky and my mind, then, Itza's heart stopped, and my whole world fuzzed.

When I told grandma, her hair went from a peppered cream to the same white as Itza's teeth. Her breath turned silver and her fingers, tired. I saw her age faster in a single moment than in sixteen years.

My grandma told me owls are the messengers from the underworld, that's why it was there the day Itza died. I like to believe it helped lead Itza where she had to go.

My sister, Itzamna's death was strange. She was 23, healthy as one young woman with minimal access to the cleanest of water, hardly enough food to ever remain full, and constantly exhausted from working two jobs for the past five years. Itza still loved to read and was strong enough to ride her bike everywhere she needed to. She loved to climb the Franklin mountains if she was ever free enough to - she would cry up there, she told me. Everything changed when Itza got a new job and she quit her job bagging groceries at Food City on the weekends, and her job at the new preschool a few blocks down. The other girls that worked as aids and the office ladies threw a party for her because she was their favorite and best worker for five years - *We're going to miss you, Itza, they told her. Don't forget us at your fancy new job.*

Itza had to start taking the bus to get to her new job she started working at seven months before she died. The three of us lived in a red and orange colored house in central El Paso, Itza had to take a bus transfer and three more stops to get to her job at the radium factory. The radium factories made the whole city of El Paso glow. I'm sure the world was glowing around the time Itza decided she loved her job.

I remember riding my bike around my neighborhood with my friends this past summer. Dania and Carmen didn't mind the sweat that ran down our backs in the middle of a June day in the desert we were housed in. We wore shorts and didn't mind the stares from the uncomfortable. We minded our business, but we never let ourselves - we were pretty tough. Ever since the radium factories opened up, Fridays were our favorite days to ride our bikes downtown, where the rich dressed up and our brothers and sisters dressed in outfits derived from second-hand stores or yard sales - mixing styles from our parents and grandparents. Big pants and small shirts. Long skirts and button-up shirts tied in the middle. I always loved the way my people were able to look good with whatever they got.

Fridays lit the skies up like a different party every end of the week.

I'd watch my sister get ready while I waited for my friends to ride by to pick me up. On Fridays, Itza would get out an hour earlier than the other days and she would take her sweet time to get ready since it was the only day she was allowed to go out. I'd watch her powder her already glowing face with a product she got from her job - *You already have so much of that stuff on you, I told her. Nu-uh, I showered*. Our bathtub and sink radiated at night with the green glow of radium. A night light that lit up our whole house.

She was powdering her face with the first product she had bought with radium. A makeup powder that made you glow wherever you placed it. The products were very expensive but she was getting paid way more than before and she got an employee discount because she worked for the same company. Except, she worked making watches that had illuminated numbers, originally made for soldiers but during this summer it was a fashion trend. She powered the arch of her nose and the tip of her ears extra. I always wanted to look like my sister. The arch of her nose curved into her wide nose. Her cheekbones shined through her skin without the expensive powder.

Chima, are you going out tonight too? I nodded at my grandma who was standing in the doorway of mine and my sister's room. *You better be careful*, she walked away, carrying a cigarette and lighter.

The time that my friends had got there Itza had been gone for at least half an hour. What took you so long?! I yelled at them

running down the side of the house with my bike. *Carmen's mom made us eat first, I was hungry anyways*, Dania snapped.

We got downtown and the sun was already set. The neon lights advertising products sold at restaurants and clubs didn't glow as much as the crowds walking into them. For the entirety of summer, some clubs didn't use electricity to light up the dancefloor; they just used the pure, intense illumination of their customers.

I remember seeing my sister walking into the first dance club El Paso had opened downtown this past summer - she was wearing one of our mother's dresses. It was a deep cactus green with lace and shorter than any dress any woman in my family owned. I always looked up to my sister and her ability to defy anything, including societal expectations or rules. Always a rebel, fighting the man. Her whole group of friends worked at the radium factory with her, Paola, Karina, Viri, Luz, a lot of them. They walked from the trolley to the club, a stream of green glow followed them, making them look faster than what they were, but as if they were walking in slow motion. Like a montage of who everyone wanted to be, or be with. I know Carmen and Dania wanted the same thing as I did that night: we wanted to be and look and act exactly like them. We couldn't wait until we got a job, or until we got to dress up, or until we got to dance until we couldn't anymore.

My friends and I all rode our bikes home around ten o'clock when I promised my grandma I would. Once we got to our houses we wouldn't talk until the next day or the day after - I always wrote down what I would want to tell them or talk to them about. Having a terrible memory, I found writing helps a lot. Maybe not with remembering better, but with rereading and re-experiencing feelings. And maybe feeling new feelings once rereading what I've written. Sometimes I forget to tell Dania and Carmen what I wrote down.

So it goes.

Around eleven I was writing something to tell my friends, I think it was about the neighbor's dog - grandma was in bed but I knew she was awake, she still smoked a cigarette around midnight - Itza ran into the house and her mascara was running down her face. I had never seen her look so unkempt. Her hair was in her face and she was too scared to move it from her eyes. *Viri is on her way to the hospital. She collapsed while we were dancing.*

I don't know, it looked like - it looked like her bones weren't even there anymore. She wasn't even screaming; she was in too much pain she passed out. My grandma had to force Itza on the couch. She told us that Viri had been feeling sick for a few days already. Maybe weeks.

A week before that night, there was a rumor some girl from a factory in New Mexico complained of a toothache and a week later her jaw was taken straight from her skull with no force at all. It scared all the girls. *Why did she still put extra powder on her nose and ears*, I thought but I didn't ask out loud. I couldn't even find her eyes behind her hair or tears.

We heard about Viri a few days after - her legs literally crushed beneath themselves. The whole weight of her five-foot nothing body didn't amount to the heavy bags full of grass and garden clippings my grandma and I had to collect in the neighborhoods next to the new college, after the gardeners from the same company she worked at finished their jobs. She was tiny. I'm sure I could have picked her up myself. My grandma joked about Viri not drinking enough milk. Itza rubbed her legs, then her slightly trembling fingers traveled up her body to her slightly trembling jaw.

She looked at me.

We were scared.

She had asked grandma what to do and grandma told her to quit. *But we're making so much money, Grandma. We have clean water, not water from the canal behind the house where everybody washes their chonies and their asses. I can go down to Food City and I actually have enough to buy us water, Grandma*. My grandma and I knew we weren't going to be able to talk sense into her. I know we were both thinking about that time when she was in high school and she lived with her boyfriend for months.

We didn't talk for those months that she wasn't there. I recently read in one of my first journals that I spent those months in bed when we didn't talk. When she had told us she was coming back my grandma and I spent three days sweeping up the ash that accumulated in mine and Itza's room. We scrubbed off the imprint of my body that was on my bed, the ash outlining my ten fingers and toes. *You were so buried. I tried to dig you out for so long. Your head was so far into that basket. I'm sure your heart stopped*,

I read my grandma had told me that, hugging me for hours and hours and hours.

She didn't quit. But that summer and the months before were the best of our lives in a really long time. Maybe ever, I wouldn't have been able to remember.

She was in the hospital by the end of September, two months after Viri died. She was in the hospital two weeks after that. Her heart stopped. We buried her with questions filling her coffin: *Why is this happening? Will it stop? Can it be stopped?*

I've been trying to dig her out since.

Itza left us with half a room filled with trunks filled with blankets, fabrics to make clothes, clothes made from those fabrics, and so many books. Itza put her mattress on top of some trunks - she had so, so many. I was with Dania and Carmen the day my grandma started to clean out her trunks two months after Itza died. Me, Dania and Carmen went to Ascarate park to look at the holiday lights they display throughout the park.

My grandma opened up all the trunks, *It will be easier to dust off and organize*, she figured. The house made for one that my sister, grandma, and I lived in blinded our neighbors in its glorious effulgence. It was gleaming a bright glow through all its cracks and windows. If I looked for it that night, I'm sure I could have seen it all the miles away.

Ascarate got too packed with people from all over El Paso, so we decided to go back home. Our breaths were visible and we were all slightly glowing the dullest of luminosities. Itza still found her way into our bike rides. I dropped Dania and Carmen off and started making my way back to my house.

The church that was on the way had stained glass windows that glared in the moonlight, so I stopped. I prayed, although that was not something I did very often. I tried not to be alone with my thoughts, or with some being that possibly created me, and Itza. And the world and the radium that killed Itza and her friends and their friends and –

A thousand glowing, gleaming, glimmering butterflies danced out from the church's pews and onto the sidewalk. I was the only person out on the streets, in the whole world, it seemed. They surrounded me and forced me into their mold, their cocoon. It was shaped perfectly like Itza – no, like grandma.

Grandma?

I fluttered and fled to my grandmother's house that housed me and my older sister, Itza. It had housed my dad from the time he was born, and it housed both him and my mom for a bit until the time they got pregnant with my sister. My bike was going so fast I thought it was going to lift off from the pavement, I'm surprised it didn't.

Once I hit the end of my street and saw the house bathed in green incandescence, I knew my world was over.

I got to the very front of the house and I was unable to walk in, the light was blinding and hot. I screamed. I screamed louder than the brilliance of the light that destroyed everything I had. The butterflies worked themselves into the house and the flames sparked – there was red, orange, deep cactus green, high sky blue, soft honey brown. A strange comfort and familiarity covered my body – I felt my grandma's warmth.

I chased time to the radium factory and with every scream, a thousand scorpions, a thousand hornets, a thousand lizards emerged from the deepest caves. Jaguars ran from the mountains. The city was alive with my rage and my tears. I flooded the streets.

I had anticipated the overwhelming brightness the factory must have. It looked like a factory made of ash and dust. I saw it and I didn't scream. I didn't scream when I saw the hundreds of broken chairs in the rows and rows and rows of tables made for working for hours and hours and hours. I didn't scream when I saw the single outside toilet made for the use of hundreds of women throughout 14-hour days. I didn't scream when I saw polaroids of unknowing workers inside the management-only restroom. I didn't scream when I saw the thousands of paint brushes glowing so bright in this building that housed a plague.

The factory turned ablaze as I rode my bike down the road, begging for anything to take me away from there. From here. I kept going and going. The flames danced like the wings of a butterfly and grew in size. They grew taller than any building in the city. The wings fluttered and radium covered El Paso.

Mountains make the biggest beacons once they're covered in a powder that tried to make the world glow. I tried to come back home but there's nothing left but bones. There's a strange feeling of nostalgia that lingers, as though something like this has happened before.

Christopher Tadros

Manure

Chapter One

Today is July 16, 1999, and all us campers are gathered in the mess hall around the television our counselor Kyle has dragged from the kitchen—antennae not entirely functional—so we can watch the live telecast of the search for John F. Kennedy Jr. 's missing plane.

I had to lie in order to be admitted to Camp Lone Star. My mom insisted I do so. "When they ask if you like sports, say yes! Give specific answers. Tennis. Football. Anything. Know what sport you'll say ahead of time, so it doesn't sound like a lie."

When asked, I tell Susy Simmons I '*love*' racquetball.

Really, I love air conditioning.

My coerced white lie gets me in.

My first day they all know each other. They are the Sea of Blue. In fairness, some have green eyes. Pale skin. More often than not, blonde. Freckles—I have those as well. But, I'm one of only two browns in my cabin. Really, I'm half brown. Peculiar enough I have no clear designation.

I am an Irish Egyptian at summer camp with George W. Bush's daughter. Currently, he is a hopeful Governor.

She and I run in different circles.

The other brown guy, Latino—calls me Pharaoh.

I ask him if it weirds him out to be around so many white people. He doesn't get my concern.

"I'm from Austin," he explains admonishing me.

There are no diversity quotas for the privately owned entity Camp Lone Star.

A hefty stack of Benjamin Franklins admitted us.

After a ten hour bus ride to the quixotic Hill Country, for a split second I think I will like Camp Lone Star. "Everyone, before we give a tour for the new wussies," an acknowledgement of Jorge and I goes unspoken, "I *have* to take a trip to the Library."

Giddy, I follow.

He's referring to the shitter, I discover. There are no stalls. Ten porcelain white toilets along two parallel walls. Downways the communal showers are visible. No curtains. My camp counselor Kyle drops his shorts, boxer briefs, dumps a load.

A restroom that is a better fit for a nudist colony is our "Library"—there's even a sign, in case there is any confusion.

I'm thirteen, and I slip my copy of John Grisham's *The Testament* under my mattress—lest it be disposed of like solid waste.

Our first cabin activity is the shooting range. *I've never held a gun.* I'm not well read. I know enough about Vietnam to have heard the phrase "conscientious objector" tossed around— if only on Christian News Channels getting their hate on. I invoke my right to not bear arms.

"You keep up with that," Kyle is reeling in for my jugular, "we'll toss you in the sky and skeet shoot you."

Great, now I'm fucking martyr.

In the mess hall we eat. Tater tots and Salisbury Steak fingers. Ranch dressing.

My only friend Howard eats salad with low-fat Italian.

He's a vegetarian.

A fellow partner in crime.

I miss air conditioning.

Chapter Two

During Free Activity the Sea of Blue toss mice in the snake pit.

I look away.

I consider the mice to have it better than me.

They die fast.

I'm a moving target.

There's a big-to-do every Monday, Rest Period. Howard gets the Sunday *New York Times*, hand delivered—sometimes by Susy herself.

I've never seen a *New York Times.*

My eyes burn with so much envy there is a hole leaking fluids from Howard's head.

"My dad's an Investment Banker. He reads all the papers. He's teaching me how to build a portfolio."

"Is that even a real job?"

"Why do you read crap?"

We have to stay in our cabins during Rest Period. It's too hot to play outside. I lean my head against my screen wall praying for a breeze.

I write a letter to my mom begging to come home.

She replies with a package of socks.

Chapter Three

Jorge can't roll his "R's." "Your name isn't George, it's *Jorge*. No one taught you how to pronounce your name?"

"Shut up, Pharaoh."

"rrrrrr"

They're training us to do scuba diving.

I win my only competition at Camp Lone Star by holding my breath underwater for two minutes and forty-seven seconds.

"He only won because he's fat. All that blubber holds air." The Sea of Blue high five.

I miss my hometown Laredo.

I write a letter to my best friend Ariana about swimming.

My Mom is blonde and blue eyed, but she doesn't count. She speaks Spanish like a local.

Jorge borrows my John Grisham.

Chapter Four

It's awkward. When the National Anthem wakes us in the morning, I have to pee. I have to stay in bed until my penis tames down.

At meal time the Sea of Blue tells me to sit with them. I place my metal tray down on our picnic table and squeeze in. "We need you for a prank."

I rat them out.

They were gonna pour piss on Howard after lights out.

Our first day riding horses, I'm assigned Rebel.

She's tall, and I can't climb her back.

"We're switching you to Special K."

I overhear a counselor mid-conversation: "—Kennedy can't be President anymore. Hell, yeah!"

Special K deserves better.

Chapter Five

At breakfast I find decapitated rollie pollies in my scrambled eggs.

Howard laughs.

I have no friends.

It's my cabin's turn to put on a skit at campfire.

I'm the comic relief.

My timing is spot on, and the whole camp cheers me on.

My co-star Trey pinches my ass.

If I wasn't so in the closet, I would catch the hint.

Grown men shower with boys

Chapter Six

At swim time, I decide to conquer my fear of the high-dive.

I land funny.

My shock of physical pain is so severe, I fear I won't make it up to the surface.

I do—screaming.

The lifeguard saves me.

I don't want my time at Camp Lone Star recorded for posterity.

A sprained rib is no excuse to sit out of picture day.

Smile!

I'm excused from Mile Swim.

"Pharaoh's faking his injury!"

I still ride Special K.

I like wilderness and horses.

Our horses all pause to let Special K have a bowel movement as often happens for him.

I notice rainbow sprinkles.

Special K whinnies.

There is magic on this campground, yet.

We have a dance.

Most of the girls are polite enough to have a turn with me.
They can tell I'm gay.
I can't.
Jorge bleaches his hair.
Trey gets to second base.
I see John F. Kennedy, Jr. searching for his father.

Chapter Seven

Movie night. Before *The Outsiders* we ritualistically sing the *Cheer's* theme with the phrase "Camp Lone Star" inserted between lines.

John F. Kennedy, Jr. sits beside me eating oysters.

I tell him to go away.

He tells me I will go to Boston someday, except it sounds like 'BaaH-stun.'

I dream of Rob Lowe.

My shit has sprinkles.

I flush before anyone can see.

Everyday before Rest Time, we are asked the same question.

"Did you have a bowel movement?" Dehydration is a killer in the Texas heat.

When it's my turn, I'm evasive, "Not that I know of."

We eat fried tilapia and curly fries.

Howard loves fish and chips.

I don't understand the reference.

"Is fish vegetarian?"

Special K bolts from my group as I ride him at a swift gallop.

He doesn't follow my reigns.

He makes a sudden stop.

Before us is what looks to be a grave marked by a cross.

Who died here?

Chapter Eight

"Kyle, why is there a grave?"

"What the fuck?"

He digs.

His nails red with dust, he retrieves the buried item.

Gay porn.
There is talk of bringing an investigator to our campground.
Susy wants to keep everything hush-hush.
She remembers I'm standing with them.
She asks me to tell no one.
I am coerced.
All the horses shit sprinkles.
The library has rainbow stains.

Chapter Nine

John F. Kennedy, Jr. tells me to stay strong.
He tells me that Special K is wiser than he's treated.
He asks me to set the stallion free.
"Can I go too?"
All our trunks are searched.
Kyle and I are the only two that know why.
Susy is impressed that I read John Grishman.
"A future litigator, here."
Howard tells me he's sorry.
I steal baby carrots for him.
No one thinks to mention there are rainbow sprinkles everywhere.
In a sideways manner of testing reality, as we're all pissing in the urinal, I comment, "What the fuck is happening with all the Skittles?"
At first no one acknowledges I've spoken. Then, "I've got a hook up for Snickers, but you can't snitch."
We watch *Top Gun* at campfire.

Chapter Ten

John F. Kennedy, Jr. tells me the porn belongs to Susy's husband, but he isn't a child molester. He says that Frank has sex with Kyle. But that's ok.
I ask him if Trey likes me.
He says, yes.
I tell him I'm embarrassed we don't have curtains.
He says, everyone is in denial.
I ask him if there was ever such a thing as innocence.

Not since my dad died, he replies.

I tell Susy that Kyle is the best counselor at Camp Lone Star

"You and Frank! Everyone adores his cutie-patootie!" "He loves Frank."

"Kiddo, we gotta put some man in you!

I sneak to the stables.

I set Special K free.

Chapter Eleven

Jorge shaves his head.

He says it's because a girl asked him to.

Howard lends me his New York Times on Tuesday, keeping the Business Section.

All I want is Arts and Leisure.

I see Frank give Kyle a bear hug.

They grunt.

We only have a week left, and I've grown accustomed to the pecking order.

Parts of it, I like.

When we sing the Cheers song, I get goosebumps like I'm in a lost paradise.

I see John F. Kennedy, Jr. riding Special K high in the moonlight.

I disregard the rules, sneak out of my cabin and call out to Special K.

He whinnies.

He lands near our campfire. John F. Kennedy, Jr. slides off of him.

Special K nears me. He gives me a photograph.

It is a family portrait of the Kennedy's.

Except they are all unicorns.

I recognize Jacqueline Kennedy by her pearls.

I ask John if I will be a unicorn someday.

But he has taken the form of a horse with wings and is in the sky.

Kyle has me ride Rebel.

Rebel poops shit.

I see a news story when I get home about the "Kennedy Curse." Psychics speculate bad karma. The little they know.

I make my mother's heart soar by telling her I want to go back next summer to Camp Lone Star.

She buys me better riding boots.

There is no magic in junior high.

The only Skittles are in the candy machine.

I do the Mile Swim this year.

I'm one of the last to finish.

Kyle gives me a quarter of an orange and congratulates me.

I hear all about how Howard refused to return even though his dad paid in full.

George tells me about his girlfriend in Austin.

Trey sleeps in the bunk below mine, and he keeps me up at night with insider stories about the presidential hopeful.

He kicks my springs when I tell him we have to be discreet about sharing pilfered chocolate milk.

"Only if you give me all your milk. We get caught. It's on you." We obliquely flirt the whole summer. Neither of us make a move.

I wonder what it was like when horses were feral and free.

Their stable has a feel of an asylum.

John F. Kennedy stands on a hill. I see his back lit by the moon. I edge closer—too hesitant to run to him.

"I beg your pardon, sir?"

"Yes?"

"What do we do when fear wins?"

He considers me for a moment. "Up the stakes. Sometimes we die. Sometimes we lose. And, I say... see the human in everyone."

"But you're a unicorn."

"So I am."

I get brave. "What form does fear take?"

"Fear is a dinner table where resources are scarce." "Who ate all the food?"

"Most goes to the well fed. The rest goes to those who do as the well fed say."

"Is it wrong that I am well fed?"

"Hunger is in all of us."

"Why?"

"It is our mutual vulnerability."

"But how come some get only scraps, if even that?"

"Where there is plenty, fear will lie and claim there is little."

"And where there is little?"

"Fear hoards."

"And hope?"

"Hope is a table where none hunger."

"How may hope win?"

"Feed that which seeks to feed. When only the few replenish themselves fear tells us it is the hungry that are vile."

"We are all created equal."

"Created: yes. Treated: no."

"Will we ever be treated as we are created?"

"The easiest way to dupe the oppressed is to convince them they already are equal."

"No one would fall for that!"

He flies away.

The Sea of Blue aren't as bad as they were last summer. I'm a regular now, so I've gained more respect.

By way of my first prank at Camp Lone Star, I replace our "Library" sign with a poster board that reads in magic marker "School of Business." Instead of calling me Pharaoh, they call me Scribe.

This summer, I ride a horse named Wharton. He is a honey colored, robust animal. When feeding time comes I give him a bale of steel cut oats. Unnoticed, John F. Kennedy sneaks into the stable. He neighs at Wharton.

"What did you say to Wharton?" I ask JFK.

"I gave him an idea."

"Tell me."

John F. Kennedy responds laughing, "I explained to him the origin of his name. He didn't take it too well. Give the poor guy some hay to chew on."

I turn my back to grab hay. Where it should be is a stack of university transcripts. All are for MBA's. I mean to ask JFK what I am to do with them, but he is gone.

Wharton speaks in plain English. "Their only ambition is for money. Do not feed me that stack of paper."

"What am I to do with it?"

"Read me the names."

I do. "There isn't one with my name."

"No, you dream of justice."

"What do they dream?"

“I’ll show you! What do you say we make their dreams come true?” Wharton has a bowel

movement. Except it isn’t shit or sprinkles. It is gallons of oil, and God does it stink. I hold my nose. Wharton chastises me and my fellow campers stating, “I am very valuable. I shit the most precious thing on Earth. Lucrative, you think? Rich little kids basking in the nature their parents are raping.”

Suddenly, an oppressive stench. I look out from Wharton’s stable. Everywhere has oil stains. Kyle hollers at the top of his lungs to all of us in the stables, “Everyone stop what you’re

doing and collect oil! It is property of Camp Lone Star! God, can you believe it’s raining money?”

Everyone cheers.

Winners / Ganadoras

María Isabel Pachón Varón (Bogotá, 1994) estudió Filosofía y Literatura en la Universidad de los Andes y se graduó del MFA en Creación Literaria en UTEP. Su novela, *Sobre tierra quemada*, recibió el Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos en 2021.

Gustavo Enriquez is a writer and artist based in El Paso, Texas. He is a Ruth Lilly and Dorothy Sargent Rosenberg Poetry Fellowship finalist (2019). His artwork has recently been exhibited as a part of '*Alternate Realities*' sponsored by Orange Brick Eclectic. Previous works have appeared in Chismosa Press and Fronteristxs Collective.

Kamille Montoya is a CRW major who tries to tell stories that she can see her grandparents in. She tells their stories or stories that are heavily influenced by them, growing up Mexican in El Paso, Texas.

Christopher Tadros was born in Laredo, Texas. He is a first-generation Egyptian-American and a member of the LGBTQ community. His motivation is his desire to excavate the human heart with storytelling.

Illustrators and visual artists
Ilustradoras y artistas visuales

Rosalía Salazar (Guanajuato, México, 1989). Cursó estudios en la Universidad de Texas en Austin. Actualmente es docente bilingüe en la escuela Lida Hooe Elementary en Dallas, Texas. Como artista visual ha realizado el proyecto "*corasonora*", experimentando con distintos procesos de impresión y fotografía alternativa e integrando elementos orgánicos en su trabajo.

s-pez. www.instagram.com/soresakana7/

Luis Ignacio Cárdenas (Táchira, Venezuela, 1984). Diseñador gráfico, editor y artista plástico, es licenciado en Educación con mención en Lengua y Literatura por la Universidad Católica Cecilio Acosta. Actualmente diseña para Ediciones Azalea. Asimismo, es un incansable promotor de la lectura en escuelas, comunidades, cárceles y otros espacios.

Antonio Tercero (San José del Cabo, México, 1986) es licenciado en Artes Plásticas. Ha realizado residencias artísticas de producción en el Festival Mundial de los Jóvenes y Estudiantes Sochi 2017, Rusia, y en el In-Spire Miami 2019.

Tomás Aveta (Córdoba, Argentina, 1995). Artista multimedia que trabaja con los espacios exteriores representando su espacio interior a través de la abstracción. Trabaja con performance del cuerpo, gestos y acciones los cuales generan dinamismo en su obra. @tomiavetarte

Nico Antuna is a mixed-media artist and poet currently residing in El Paso, Texas, where he is receiving his Master's of Fine Arts in Creative Writing at the University of Texas at El

Paso. He draws inspiration from contemporary art and mysticism of the borderland and exhibits his paintings regionally.

Julio César Pérez (Córdoba, Colombia, 1975). Arquitecto de profesión, se graduó del MFA en Creación Literaria en UTEP y del Ph.D en Literatura Española e Hispanoamericana por la Texas Tech University. Es autor de la novela *Cenotafios* (Lugar Común, 2015).

Akesi Martínez is a freelance Illustrator who covers a wide range of fields, such as magazines, murals, showcases, and architectural Illustration. Her professional grades include Design and Fine Arts specialized in Illustration (HNC), Master Architect (M2), and Lecoq theatre studies; all of them influence her work.

Margarita Mejía (Palmira, Colombia) se graduó del MFA en Creación Literaria en UTEP. Es autora del poemario *La imprecisa memoria* (Isla de Libros). Sus poemas se han publicado en antologías y revistas nacionales e internacionales y sus fotografías se han expuesto en bienales, festivales y muestras individuales.

Fe de erratas

No hay biblioteca sin rata ni texto sin errata.

-Refrán

Disculpa a lectoras y colaboradoras: En la edición *Disruptiva/ Blackout 2021* se nos colaron algunas erratas que, a continuación, enmendamos.

Página 183: Donde dice *Lilly,* debería decir *Lily.*